

editorial "alas"



¿ES MI HIJO?

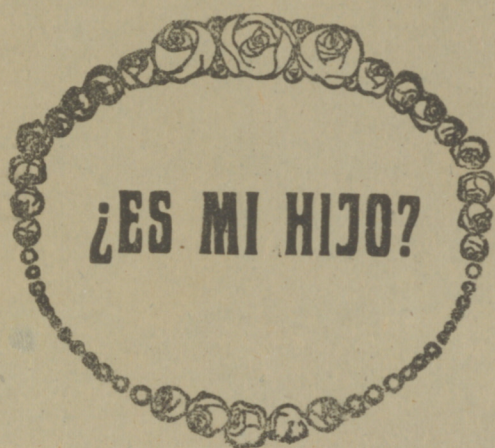
2'50 Pts.

SERIE ALFA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



Lil Dagover Willy Fritsch



¿ES MI HIJO?

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbará, 16; Barcelona - Caños, 3; Madrid

EDITORIAL



Publicación semanal

AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

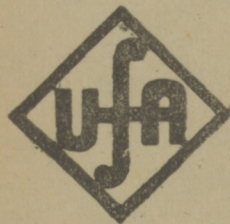
NUM. 273

¿ES MI HIJO?

TODA la tragedia honda y callada que
sufre el corazón angustiado de una
madre .. Toda la tortura recóndita y si-
lenciosa de un amor maternal vacilante...

Todo el dolor íntimo e insuperable que
causa una duda cruel, se hallan refleja-
dos en el curso de esta novela, que bu-
cea en los pliegues del corazón femenino
hasta encontrar sus fibras más sensibles.

PRODUCCIÓN



de BERLIN

Distribuída por su Representación oficial:

ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

Provenza, 273. - Teléfono 71662, - BARCELONA

Mesonero Romanos, 2 y 4. - Tel. 20890 - MADRID

INTÉRPRETES PRINCIPALES

<i>Leontine Brackwiesser</i>	LIL DAGOVER
<i>Helga Frank</i>	MARIA V. TASNADY
<i>Erwin</i>	C. DETLEF SIERCH
<i>Joaquín</i>	EBERHARD ITZENPLIZ
<i>Tomás Brackwiesser</i> .	BRUNO HARPRECHT
<i>Hems Echardt</i>	WILLI FRITSCH

Dirección:

ERICH WASCHNECH

Música:

GEORG HAENTIZSCHEL

Según la célebre obra de

HELDA WESTENBERGER

Narración literaria de

J. SERRACANTS

¿ES MI HIJO?

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

¡REBELION EN EL CAIRO!

AUNQUE la ciudad de El Cairo, a los ojos del visitante inexperto, forme un a modo de población global y uniforme, y contemplándola desde la lejanía tenga el aspecto de un gran núcleo urbano con sus diversas edificaciones, adentrándose en su alma —porque las poblaciones también las tienen—, escuchando de cerca sus latidos y analizando cuidadosamente sus costumbres y su modo de vivir, vería, quien eso hiciera, que hay un abismo profundo y metafórico o una muralla altísima e incorpórea que separa y divide la ciudad en dos fracciones imposibles de convivir entre sí.

Son éstas, el barrio típicamente oriental, constituido por los habi-

tantes del país, y el otro formado por los innumerables extranjeros allí residentes, especialmente durante el invierno.

No hay divorcio aparente entre ellos; sus relaciones son cordiales e incluso los extranjeros parecen gozar, por parte de los naturales, de extraordinarias atenciones, reverencias y zalemas... sobre todo si éste es de situación privilegiada o de rango superior.

Los extranjeros han construido sus viviendas en los barrios extremos, en casas confortables, aireadas y alejadas del centro de la ciudad, lleno de polvo, de mercaderes atareados, de moscas y de mendigos.

El Cairo, que tomó su nombre de El-Kahirah —«La Victoriosa»— fué

antiguamente capital de Egipto y finalmente de todo el Imperio árabe de los fatimitas, realizando varios califas importantes obras para su embellecimiento, consiguiendo, con el tiempo, alcanzar extraordinaria importancia y un crecidísimo número de habitantes. En la educación de los mayores, en la instrucción de los niños y en la manera de vivir, se nota la influencia moderna, y aunque los musulmanes de convicciones arraigadas conservan las antiguas costumbres, la alta sociedad siguen los usos de Occidente, guardando, por patriotismo, ciertos resabios orientales en su vestir.

En las calles principales de El Cairo abundan los transeúntes que visten a la musulmana. Algunas damas mezclan las galas del harén con los adornos europeos, y no es difícil ver algunas muchachas que parecen parisinas disfrazadas a la oriental.

En los barrios nuevos citados, las construcciones son de gusto moderno; las calles, amplias y rectas; las avenidas, con árboles, y las casas, con varios pisos, mientras que El Cairo árabe es un laberinto de callejuelas que se entrecruzan, forman ángulos o se cortan con brusquedad.

Las casas son altas, y la estrechez de sus calles, con frecuentes alter-

nativas de sol y sombra, resultan agradables en este país de cálida temperatura.

Algunas tiendas ricas tienen en su exterior un empavesado de nave antigua. Los chales de seda de Asia ondean como banderas; grandes platos de cobre repujado brillan con vivos reflejos; flota en el ambiente un olor de densos y persistentes perfumes orientales. Pastillas de varios aromas humean en las puertas de los almacenes para atraer a los transeúntes.

Abundan los cafés, con semicírculos de silenciosos clientes sentados sobre esteras, oyendo al tañedor de «roubab» o los cuentistas verbales que relatan los innumerables episodios de una misma historia.

Contemplando la ciudad desde sus antiguos baluartes, El Cairo se extiende abajo, con centenares y centenares de minaretes y cúpulas repartidos al azar. La brillante lámina del Nilo serpentea por un extremo de la capital, y a lo lejos se yerguen las pirámides de Gizeh, dándole su típico carácter.

En un moderno palacio, grande, suntuoso, rodeado de jardines de amplias avenidas, con abundante vegetación, para preservar a sus moradores de los ardientes rayos del sol, habitan Tomás Brackwiesser,

director del Banco Alemán en El Cairo, y su esposa, Leontine Brakwiesser, con su hermano Hans y la servidumbre, que capitanea la brava Ana, doncella de confianza de Leontine, a la que servía desde mucho antes de casarse.

Vamos a tener el gusto de presentar al lector a la feliz pareja protagonista de los hechos que oportunamente relataremos.

El. Fuerte, robusto, optimista, atareado, un poco —bastante— dedicado a sus negocios, con un porvenir brillante, una posición holgada y bastante satisfecho del respeto, admiración y envidia que despierta entre sus amistades. Cuando en Berlín, a los treinta y cinco años, vió asegurada su situación financiera, pensó fundar un hogar, y repasando entre sus amistades cuál podría ser la muchacha que mejor se amoldara a sus conveniencias y necesidades, se decidió por Leontine.

Ella. Contaba a la sazón unos veinticuatro años. De familia distinguida, aunque no de elevada alcurnia, poseía una suprema distinción innata; una elegancia delicada; una personalidad acusada, pero llena de encanto y armonía; una belleza serena, un poco triste, que se reflejaba en sus bellos ojos de cambiantes y acariciadores reflejos.

Brakwiesser no tuvo que hacer grandes esfuerzos para llamar la atención de Leontine e inclinar sus sentimientos a su favor. Leontine pasaba por una época de inexplicable melancolía, y la insinuación amorosa de Brakwiesser abrió de par en par en su corazón puertas a la esperanza y al optimismo.

Fué un cortejo hasta llegar a la petición de su mano, que fué recibida por los padres de Leontine con extrema complacencia. Ellos, que esperaban para su hija la mayor de las venturas, creyeron, no sin motivo, que la boda con él, en todos los aspectos, opulento banquero, constituía la más completa realización de sus deseos y esperanzas.

Finalmente, y poco antes de un año, llegó el día de la boda, cuya ceremonia, dada la situación de los contrayentes, resultó un acto brillantísimo al que se asociaron las más destacadas personalidades del gran mundo berlinés, que admiró la belleza de la novia y envidió la suerte del novio.

Efectuaron a todo lujo su viaje de bodas. Visitaron las más bellas e importantes ciudades de Italia; se dejaron arrastrar por el torbellino brillante de París; visitaron el sur de España, para embriagarse de sol y de flores, y regresaron a Alema-

nia con el alma llena de dulces recuerdos y el corazón palpitante de amor y mutuo agradecimiento.

* * *

Tomás tuvo que encargarse de nuevo de sus negocios, temporal y alegremente abandonados, y dedicarse a ellos con la mayor atención, para resarcirse del tiempo perdido. Leontine quedó en su hogar deslumbrante, fastuoso, enorme, pero que le pareció excesivamente grande para su persona. Buscó la compañía de su fiel Ana para encargarla del cuidado de la casa, y se dedicó a organizar fiestas íntimas a las que acudían innúmeras amistades, deseosas de alternar sus ocios con una dama de tan exquisita sencillez y elegancia. Leontine procuraba aturdirse en aquellas reuniones, y así le parecía echar de menos a su esposo, cada día más ocupado en sus negocios bancarios y bursátiles. Animada por sus amistades, Leontine se dedicó a cultivar algunos deportes y a asistir como espectadora a otros. Llegó a jugar diestramente el «tennis» y a apasionarse en el «golf». Y así, entre veladas selectas y mundanas y jornadas deportivas, Leontine dejaba correr su vida plácida sin inquietudes, pero también sin ambiciones.

Su esposo, absorbido por los negocios, algunos días se excusaba de comer con ella o a última hora de la tarde le telefoneaba para ponerse de acuerdo para cenar en algún restaurante en el que se había citado con otros financieros para tratar de algunos negocios. Otros días, Brakwiesser llegaba a última hora de la noche rendido por el trabajo, preocupado por algún asunto cuyo resultado no era el apetecido, y se retiraba a descansar sin tiempo para dedicar a su bella esposa un rato de alegre compañía o de halagarla con sus cumplidos. Pero al día siguiente, comprendiendo su indelicadeza, procuraba remediar su falta con un espléndido obsequio o realizando con ella una atractiva excursión a alguna ciudad alemana... donde Tomás debía acudir para sus negocios. Reía Leontine esos esfuerzos de su esposo para hacerse agradable, y sabía perdonar sus pequeñas distracciones porque le veía tan bueno, tan noble y tan preocupado por su felicidad y bienestar.

A pesar de la diferencia de edad, Leontine no se consideraba casada con un hombre «de años», sino que viéndole fuerte, animoso e incansable para los negocios, nadie hubiera atribuido mucha diferencia entre los dos.

Tomás, en cambio, trataba a su mujer como si fuese más joven de lo que era en realidad. Le gustaba considerarla como una chiquilla sin experiencia, un poco atemorizada dentro del ambiente en que se movía, y le complacía tratarla en el tono de persona experimentada y que se considera con autoridad para dar consejos y orientaciones. Muchas veces le decía:

—Leontine; me parece que te fatigas excesivamente. Este ajetreo de visitas, reuniones, partidos de «tennis» y otras zarandajas, lo considero excesivo. Tú eres tierna y delicada y no te convienen esos trotes. Yo soy mucho más fuerte que tú y no sé si los resistiría...

Reía, mimosa, Leontine y procuraba ahuyentar sus temores diciéndole:

—Pero, ¡qué exagerado eres, tontín!... Si me encuentro muy bien! Me distraigo, cultivo tus amistades que tanto aprecias y paso mi vida maravillosamente. Lo único que me apena es que tú no puedas estar siempre a mi lado y que tus dichosos negocios te roben tanto tiempo, que yo ambicionaría para mí. Por lo demás, puedes estar tranquilo, pues nunca llegaré a la noche rendida como tú. Porque, vamos a ver: ¿no serás tú quien haga un derroche de resistencia? ¿No te ex-

cedes en tus ocupaciones? ¿No temes caer enfermo con estos excesos de trabajo y de preocupaciones? A ver, contéstame ahora que la oración se ha vuelto por pasiva...

Tomás fruncía un tanto el entrecejo pensando que tal vez su linda esposa tenía razón, pero al instante se abría su risa de hombre satisfecho, y no sabiendo qué replicar al interrogatorio de su esposa, la cogía dulcemente por el brazo se acercaba a ella, le daba un beso en la frente y le decía:

—Tienes razón, Leontine. Trabajo demasiado y no me cuido de ti como te mereces. Desde mañana voy a cambiar. Ya lo verás. A las seis de la tarde vienes a recogerme al Banco y nos iremos por ahí de «picos pardos». Necesito que no tengas queja de mí. ¿Te parece bien? Y para que no se me olvide, dices a tu hermano que no se comprometa, pues me causará un gran placer si quiere acompañarnos. Anda, avísale ahora mismo por teléfono.

Un poco indecisa, obedecía Leontine y pedía a Hans, su simpático hermanito, que alrededor de las seis del día siguiente pasara a recogerla con su coche. Pero... ¡oh, fatalidad!, a la hora convenida se la presentaba al «señor banquero» una reunión imprevista e imprescindible.

ble, y el plan forjado la víspera se convertía en una cena a las tantas de la noche, porque los benditos consejeros por lo visto no tenían prisa.

Tomás llegaba al restaurante verdaderamente desolado. Quería disculpase sinceramente, pero la bondad de Leontine y el buen humor de Hans se lo impedían.

—¿Qué vais a pensar de mí?
—decía Tomás compungido.

—Pues, ¡que eres un frescales!
—le contestaba Hans fingiendo enojo—. Te advierto, que si en lugar de ser mi cuñado hubieses sido mi esposo, te planto.

—Por poco encuentras el sitio ocupado — le añadía Leontine —. Creía que había enviudado y estaba buscando un sustituto.

—Pues debéis perdonarme, porque «la otra» no me ha dejado hasta ahora — seguía entonces Tomás humorísticamente.

—Me lo figuro—decía Leontine.

—Debe ser una insaciable—comentaba Hans.

—Insuperable... — contestaba Tomás.

—Indeseable... — decía su esposa.

—Pues no se hable más del asunto — terminaba Hans con una carcajada.

—Se besaban los dos esposos. se disculpaba Tomás todo lo buena-mente que podía y empezaba la cena, salpicada continuamente con chistes y ocurrencias de Hans, muchacho correctísimo, listo y simpático, que contaba, además del aprecio de su hermana, con el afecto y estimación del cuñado. Algunas veces colaboraba en sus asuntos financieros, y Tomás sabía que podía contar con él por tratarse de una persona formal, bien conceptuada y además poseedora de esta difícil cualidad de la simpatía atrayente y espontánea. Hans, por su parte, idolatraba a su hermana y tenía también para Tomás el más sincero de los afectos. Como que este aprecio era desinteresado por parte de todos, de ahí que se llevaran bien los tres, y era corriente verlos juntos muy a menudo. Cuando en ausencia de Tomás, Leontine había organizado alguna fiesta, Hans hacía los honores de la casa, y las damas y... señoritas salían encantadas. Porque Hans... era soltero.

RUMBO AL CAIRO

UNA tarde, el teléfono repiqueteó insistentemente. Era Tomás. Acudió presurosa Leontine. Su esposo le comunicó con cierta nerviosidad que tenía una noticia extraordinaria para comunicarle y que a las ocho la esperaba en el restaurante «Ambassadeurs». Igual comunicación fué transmitida a Hans, y aunque ambos no se inquietaron, teniendo en cuenta el tono alegre con que les fué hecha la invitación, no por eso dejaron de estar intrigados hasta la hora fijada para el encuentro.

Tomás acudió puntualmente. Estaba radiante de alegría. Besó con más efusión que nunca a su esposa, dió un formidable apretón de ma-

nos a Hans, y sin más preámbulos les anunció:

—¡La gran noticia! No he querido decíroslo hasta que fuese un hecho, y esta tarde se ha firmado el convenio. He formado un grupo capitalista para extender nuestros negocios a Oriente. Hay que instalar allí factorías, negocios de importación y exportación y un Banco alemán para financiar y desenvolver estos negocios. Algo formidable y positivo. Puedo deciros con satisfacción que es definitivo. Ahora bien, siendo yo el eje y el iniciador de este asunto, se me ha rogado me traslade allí para dirigirlo y orientarlo. Por eso, me atrevo a sugeriros si no os desagradaría pasar una larga temporada allí, y os ruego que al

contestarme con vuestra acostumbrada sinceridad, tengáis en cuenta que no os lo pido, sino que tan sólo os lo propongo.

Leontine y Hans se miraron uno a otra con cierta sorpresa. Hubo un corto silencio. Hans, como siempre, puso la nota cómica al preguntar:

—Oye, Tomás: ¿tendremos que ir disfrazados como los descendientes del profeta?

Rieron los tres la pregunta ingenua, y Tomás pudo adivinar a través de las pupilas de Leontine que no le desagradaba conocer el secreto de Oriente que tanto atrae a los occidentales.

—¿Qué te parece, Leontine?—
inquirió Tomás amablemente.

—Pues que no me parece mal. Casi diría que me encanta este viaje, que para mí tendría la atracción de una aventura.

—¿Y a ti, Hans? ¿Podemos contar contigo?

—¡Naturalmente! Yo, con vosotros, voy al fin del mundo. Pero, con dos condiciones...

—¡Aceptadas! ¿Cuáles son?

—Primera: Que no me metas en tu oficina y tenga que matar allí las horas moribundas... Yo necesito que me dé el sol y el aire.

—De acuerdo. Te buscaré un empleo algo así como de inspector o apoderado. Esos que parece que

hacen mucho y no hacen nada. ¿Y la segunda?

—Que no me exijan el turbante, que estoy muy feo...

—Concedida, también. ¿Y tú, Leontine, no pones condiciones?

—¿Qué voy a pedirte, si teniéndote a ti lo tengo todo?

—¿Qué te parece, Hans?

—Eso es lo que yo pregunto: ¿qué te parece, Tomás? ¡Los de mi familia, todos somos así!

Tomás besó agradecido la mano de su esposa y luego dió un afectuoso apretón a la diestra de Hans.

—Estoy sinceramente satisfecho y contento de la adhesión que me demostráis y creo que no nos pesará el traslado. Escogeremos El Cairo como lugar de residencia. Es población importante, agradable y hay allí una gran colonia alemana, que nos recibirá con los más grandes respetos y honores. Ya veréis cómo lo pasaremos muy bien.

—Creo que es de buen agüero brindar en estas ocasiones — dijo Hans para sacarle unas botellas de champán al cuñado.

—No faltaría más. ¡Mozo! ¡Volando! ¡Champán frío!

—¡A la salud de todos! — dijo Tomás.

—¡Por tus negocios! — brindó Hans.

—¡Por nuestro amor! — añadió Leontine.

Pocas semanas después fué levantada la casa de Berlín, y nuestros héroes se trasladaron a la turbulenta capital de Egipto. Y es aquí donde les hemos encontrado al empezar la narración.

* * *

No andaba desacertado Tomás al anunciar que en El Cairo serían recibidos «con todos los honores». La numerosa colonia extranjera residente allí, o los que circunstancialmente se encontraban invernando, acogieron la llegada de los nuevos camaradas con verdadero afecto, por amistad con sus familiares; para agasajar al nuevo banquero, del que se esperaban grandes cosas en el aspecto comercial; por admiración hacia la dama gentilísima y elegante, y, ¿por qué no decirlo?, por la simpatía que Hans despertó inmediatamente entre la juventud femenina, todos los europeos rivalizaron en colmarles de atenciones y deferencias. Pasados los primeros días de sorpresa por el cambio de ambiente; después de curiosear todo lo más notable que la ciudad tenía y de sorprenderse por las costumbres pintorescas de los nativos, Leontine, Tomás y Hans casi no se

dieron cuenta de que habían cambiado de continente.

Instalados en su moderna mansión llena de comodidades, preservada del calor por modernos medios de refrigeración; reuniéndose en los grandes hoteles con alemanes, franceses e ingleses, o tomando el té en establecimientos a la europea, tenían que hacer un extraordinario esfuerzo de imaginación para acordarse de que vivían en Egipto.

Algún atardecer, Leontine y Hans se dirigían a los barrios donde se fabrican objetos árabes y se complacían viendo algunas de las tiendas, simples cuevas abiertas en el muro, a escasa altura del suelo y en las que el dueño, con las piernas cruzadas sobre una estera, ofrecía sus mercancías colgadas del techo o de las paredes.

Visitaban, de vez en cuando, alguna de las cuatrocientas mezquitas que, según dicen los mahometanos, tiene la ciudad, recreándose especialmente en la de El Azhar, sacro colegio musulmán, al que acuden todos los que quieren aprender teología y leyes islámicas. Leontine gustaba de contemplar sus fachadas y esbeltos minaretes amarillos con anchas fajas rojas, sus abundantes columnas interiores y sus delicados y finos artesonados alumbrados

continuamente por centenares de lámparas.

Cuando en las horas de clase cruzaban Leontine y su hermano entre los estudiantes reunidos por grupos en el interior de la mezquita, no despertaban en aquellos tenaces orientales más que una elegante indiferencia o un franco desdén y menosprecio.

Al salir a la calle, un calor sofocante les hacía apresurar su regreso al hogar, donde los grandes ventiladores y la ordenada aireación les producía una agradable sensación de alivio.

Otras veces, un viaje por el Nilo les permitía admirar exóticos paisajes, y así, en su correspondencia con Europa, Leontine podía explicar sus impresiones pintorescas, que frecuentando solamente el medio habitual difícilmente hubiera podido conocer.

Tomás seguía cada vez más enfrascado en sus negocios. Causaba asombro ver las energías que desplegaba aquel hombre, sin mostrar un momento de fatiga. Daba órdenes, dirigía nuevas organizaciones, formaba nuevas empresas, viajaba, estructuraba entidades de diversa índole, y llegaba por la noche satisfecho, optimista, con más ánimos que nunca. Parecía que la vida de los negocios era algo consubstancial

en él y que en el trabajo era donde encontraba su mayor placer y donde adquiriría nuevos bríos para proseguir su dinámica tarea.

Hans, en cambio, tal como le había prometido, se dejaba arrastrar por la molicie que produce aquel clima bochornoso. Trabajaba, cierto, pero muy pausadamente y sin poner en sus cosas el vibrátil entusiasmo de su cuñado. Le ayudaba eficazmente en los asuntos de mayor envergadura, pero dedicaba muchas horas a las diversiones, al deporte y al «dolce far niente».

—¿Para qué tanto ajeteo?—se decía—. ¡Por doscientos cochinos años que uno va a vivir!

Y tal vez tenía razón.

Llevaban más de un año de casados Leontine y Tomás, y el cielo quiso colmar su felicidad anunciándoles el nacimiento de su primer hijo. Para Tomás fué una de sus más grandes alegrías, lo que motivó redoblar sus esfuerzos para que su futuro vástago hallara trillados los caminos de la vida y para que, de ser varón como deseaba, pudiese encontrar en su mayoría de edad amplios horizontes en los que prosi-guiese la actividad y energía que él desplegaba.

Leontine también acogió gozosa la noticia y esperaba la llegada de una niña, con la que pensaba jugar

como con una muñeca, cuando fuese pequeña, y para tener una agradable compañía cuando llegase a mayorcita.

Hans tomó a broma la noticia, pero le molestó extraordinariamente pensar que dentro de poco tiempo habría un mocosillo que le llamaría «tío» y que le envejecería a la vista de las damas. Saldría de paseo con él—se dijo—y a las desconocidas lo presentaría como su «hermanito». No era mala idea. Y felicitó, sonriente, a los futuros felices páps.

* * *

A su debido tiempo vino al mundo el esperado heredero de los Brackwiesser, pero su nacimiento ocurrió en circunstancias bastante anormales. Poco antes de este acontecimiento, y por motivos que lógicamente nadie pudo explicarse, se desarrollaron sangrientos sucesos entre las tropas inglesas y algunos grupos de indígenas nacionalistas. Desde la metrópoli se cursaron órdenes para reprimir violentamente este acto de indisciplina, y las fuerzas expedicionarias se apresuraron a cumplir el mandato tomando militarmente los puntos estratégicos de la ciudad. Cundió el malestar entre los del país, y lo que hubiera po-

dido ser una algarada sin importancia, se convirtió, con motivo de la represión un tanto violenta, en una rebelión de graves caracteres. Hubo algunas muertes con los choques habidos entre los dos bandos, y el gobernador decretó el estado de guerra, lo que hizo aumentara todavía más el malestar reinante. Se practicaron muchas detenciones entre los elementos nacionalistas, y al ser negada la petición de libertad, los ánimos se excitaron y se temía que de un momento a otro estallara un grave conflicto. Ante este motivo, y aconsejados por el médico de cabecera, Leontine fué trasladada a una importante clínica de la localidad, con el objeto de que en el momento preciso no faltara a la distinguida dama ninguno de los auxilios de la ciencia que en su propio domicilio, y a causa de la anormalidad reinante, podía carecer en un momento dado. Era ésta una simple medida de precaución que fué comprendida y aceptada por todos. Instalada regimiento Leontine en la clínica de referencia, se consideró a salvo de cualquier eventualidad y esperó confiada el ansiado momento de ser madre. Su esposo casi no se separó de su lado, toda vez que los negocios sufrieron un colapso debido al estado anormal de la población. La situación empeoraba ca-

da día. Los revoltosos se habían apoderado de algunos barrios y allí se habían atrincherado esperando hacerse fuertes si las tropas recibían orden de atacar a fondo. Desde la clínica, situada en las afueras, se oía de vez en cuando alguna descarga de fusilería o el estampido seco de algunos disparos aislados, pero su rumor llegaba tan apagado, que nadie de los allí reunidos daba importancia al hecho.

Por idénticos motivos, se trasladaron a la misma clínica otras damas y personas enfermas o delicadas que, poseyendo medios suficientes, deseaban ponerse al abrigo de cualquier sorpresa desagradable.

A los pocos días de estancia de Leontine, el médico anunció su próximo alumbramiento, que al parecer se presentaba felizmente. Pero en la ciudad, los hechos habían degenerado en una sangrienta rebelión. En un momento dado, surgieron, nadie sabe de dónde, multitud de fusiles y bombas de mano, y fueron atacados violentamente algunos puestos de tropas inglesas. Estas, al verse agredidas, rechazaron con energía el ataque, y durante un par de días la ciudad se convirtió en un angustioso y terrible campo de batalla. Por sus calles sólo circulaban los elementos levantiscos, las tropas de ataque y las ambulancias de so-

corro que acudían en auxilio de los heridos. Una de las noches, precisamente en la que tuvo lugar el nacimiento del hijo de Leontine, fué durísima. Las tropas tenían orden de terminar aquel estado de una manera radical, y con auxilio de ametralladoras y tanques iniciaron su ofensiva contra los barrios ocupados por los rebeldes. Los cañones ligeros de los tanques, el repiquetear de las ametralladoras y el estampido de los fusiles no cesaron en toda la noche, y de madrugada se generalizó el fuego de una manera alarmante. Hubo tantas bajas durante estas horas, que llenos los hospitales y sitios de socorro establecidos perentoriamente, hubo necesidad de utilizar las clínicas privadas, y allí corrieron las ambulancias con su tétrico cortejo de heridos. En la clínica alemana donde se encontraba Leontine, los médicos fueron requeridos para atender a los soldados que habían sido puestos fuera de combate en el cumplimiento de su deber. Leontine, en aquellos momentos, casi no se dió cuenta de lo que ocurría. Sólo sabía que tenía un hijo, que era muy sano y guapote y que su esposo la besaba cariñosamente y la contemplaba embelesado. Lo demás, no le importaba. Los médicos, ante la normalidad de la parturienta, dedicaron sus atencio-

nes a los heridos, que llegaban en cantidad alarmante. Practicantes y enfermeras también se entregaron de lleno al cuidado de los soldados, y por unas horas hubo en la clínica una excitación enorme.

Después, dueños los ingleses de la situación, decreció la lucha, y a los pocos días, la ciudad recobró lentamente su aspecto normal. Fueron hechos prisioneros algunos cabecillas, se clausuraron algunas sociedades de política extremista y se recogió abundante cantidad de armamento abandonado por los revoltosos en su huída. Los muertos ingleses fueron enterrados solemnemente, los heridos sanaron, y el tiempo, que todo lo borra, puso un piadoso

manto de olvido sobre aquellos días de tragedia y dolor.

Y los Brackwiesser, de regreso a su hogar, recibieron las más cariñosas felicitaciones de sus amistades y para el pequeño Erwin fueron los más calurosos elogios y los más exquisitos obsequios. Leontine era verdaderamente feliz. Y su esposo rebosaba satisfacción por todos los poros. Erwin, con sus penetrantes ojillos negros, parecía asistir gozoso a la complacencia de sus padres. Hans, contemplándolo extasiado, decía a su cuñado:

—Chico, te felicito. Es guapísimo. No se puede negar que en lo sano y robusto se parece a ti, pero en lo guapo se parece a tu esposa, mejor dicho, a la rama de tu esposa, que es, como si dijéramos, a mí...

TRECE AÑOS DESPUES

MUCHOS años son, en verdad, los que hemos dejado transcurrir desde el pasado capítulo, y tal vez el lector avisado o la lectora amable creerán escamoteamos a su interés algo importante en la vida de los personajes con los cuales ha trabado ya amistad. Pero no es así. El chico creció, como crecemos, más o menos, todos. Tuvo las pequeñas enfermedades infantiles que casi todos también hemos padecido; mimado por la fortuna, consiguió todos sus caprichos que a otros le hubieran sido negados; tuvo sus inocentes alegrías y sus naturales berrinches, pero en general su vida transcurrió fácil y amable, sin grandes oscilaciones. Además, su temperamento dócil y retraído, su espí-

ritu delicado y sensible, iba moldeando su carácter ya de sí sencillo y dulce.

Tomás Brackwiesser, pasados los primeros meses de encanto, volvió a sus negocios con más ímpetu que nunca, y aunque todos sus afectos eran para el hijito adorado y para la esposa idolatrada, cada día eran más escasas las horas que podía dedicarles. Como cuando su estancia en Berlín, muchos días no podía acudir a su domicilio a la hora del almuerzo y algunas noches tenía que ausentarse de la ciudad por motivos de negocios.

Leontine cuidó amorosamente a su hijo durante los primeros años. Luego, cuando le vió despabilado, lo dejó en gran parte al cuidado de su fiel Ana, con la que hacía muy

buenas migas, pues le dejaba caminar por sus respetos. Leontine, entonces, volvió a su vida de antaño. Frecuentó de nuevo sus múltiples amistades y se dejó arrastrar por el torbellino del gran mundo. Organizó de nuevo fiestas de sociedad; no faltó a ninguna de aquellas a que fué invitada; reanudó sus partidos de «tennis» y acudió a los campos de deportes donde los esposos o los pretendientes de sus amigas dejaban correr indolentemente las horas con el futil pretexto de un partido de polo o de «rugby». Organizó reuniones al aire libre bailes benéficos, «soirées» mundanas y todas esas mil naderías en las cuales los desocupados se empeñan en fingir que se ocupan de algo.

Hans, por su parte, casi viró en redondo, y el secretario de Tomás se convirtió en escudero de Leontine. Se encontraba más en su «ambiente». Todas esas cosas de bailes, deportes y reuniones, iban muy bien a su «actividad». A Tomás le parecía bien aquello, pues aunque no dudaba un momento del amor y de la absoluta fidelidad de su esposa, le parecía que su cuñado suplía y aun mejoraba su presencia. Y así, todos contentos. Y ya ha visto el perspicaz lector o la lectora gentil, cómo pasan trece años: como un soplo.

En esta tarde de primavera, encontramos a Leontine en el campo de deportes de la ciudad, acompañada, como siempre, de su fiel hermanito. Destacados elementos de las colonias alemana, francesa e inglesa, rodean a la señora Brackwieser y la colman de cumplidos.

—Señora, ha jugado usted con una perfección admirable...—le dice «monsieur» Merminod con su terrible acento francés.

—¡Oh!—contesta Leontine sonriente—. Es usted encantador como siempre, «monsieur» Merminod.

—No hago más que justicia, señora.

—Muy gentil — terminó Leontine, al tiempo que se ponía su leve sombrero veraniego de blancas alas transparentes—. Señores, ¡hasta más ver!

—Usted, señora, siempre dice hasta más ver, pero... vá a tomar el té sola... y dice tener muchas obligaciones. Eso no es elegante...

—Naturalmente, amigo, que tengo obligaciones. ¡Tengo un hijo!

—¡Oh! ¡Terrible! ¡Es desolador!

—Pero no se desespere... ¡Volveremos a vernos!

Y saltando ligera a su coche, se despidió afectuosa y sonriente de sus amigos... y fervientes admiradores. Porque Leontine, a pesar de

los años transcurridos, conservaba su serena belleza y todo el atractivo de su elegancia e innata distinción. Al revés de su esposo, que habiendo engordado y envejecido bastante, acusaba extraordinariamente la diferencia de edades.

En el hogar paterno, Erwin, sentado frente al profesor Desmartin, estaba dando su clase de literatura. Tomás había escogido a Desmartin como preceptor de su hijo, por considerarlo un hombre enérgico que impondría su voluntad sobre los caprichos del hombrecito. Pero el pobre profesor se había tomado tan en serio su papel de hombre severo, que resultaba, además de ridículo, absolutamente impropio para aquel chico obediente y dócil de suyo. Este hombre, a causa de su miopía y por su forzada gravedad, adquiría a veces un aspecto delicioso de idiota. (Y que se nos perdone la manera de señalar.) Al chico no le sentaba del todo bien la compañía del preceptor. Tal vez la distancia espiritual les separaba demasiado.

—Vamos a ver si sabes de quién es eso que voy a recitarte—le preguntó seriamente Desmartin:

«Aprovecha las horas presurosas con el orden del tiempo y de las cosas.»

—Sí. Es del «Fausto».

—Exacto. Pero lo dices de ruti-

na. A los clásicos, no basta conocerlos. Es necesario sentirlos. Debes leerlos con más frecuencia.

—He estado modelando esta mañana... Vea—le dice humildemente Erwin al tiempo que le presenta una figurita en barro.

—¡Es terrible! ¡Es grosero y bárbaro! — grita con menosprecio el preceptor. Y luego, con tono de reconvencción añade:

—Querido Erwin, vives rodeado de clasicismo... ideal de belleza griega, unido al arte de expresión de la plástica egipcia... ¡Ese es tu modelo!—le dice, mostrándole una estatua—, ¡y no la cocinera!

Erwin queda pensativo por aquel inesperado sermón. Precisamente esperaba que por el cariño que había puesto al moldear a su buena Ana sentada en una silla de la cocina, merecería un cálido elogio. Guarda humillado y silencioso su obra y se apresta a leer y comentar la «Odisea», de Homero. Pero su atención se desvía. Ha oído la llegada del coche de su mamá y desea volar a su lado. El preceptor pregunta agriamente:

—¿No atiendes a lo que estamos?

—Sí, señor; pero es que ha llegado mamá.

Dijo estas palabras con emocionada alegría, cosa que el cerebro

obtusos del profesor no supo adivinar. La idolatría que Erwin sentía hacia su mamá, era completa. Tal vez estaba en razón directa de los pocos mimos que de ella recibía. Lo quería, sí, y muchísimo, pero la verdad era que le quedaban muy pocos ratos libres para consagrarlos a su pequeñín. Por eso, en las contadas ocasiones que su vida frívola y mundana—siempre dentro de la mayor corrección—le dejaba libres, se expansionaba con su hijo y redoblaba sus ternuras, sus mimos y sus zalamerías. Entonces el pequeño sentía su alma alborozarse y conocía con toda su intensidad el amor de madre completo y avasallador. De ahí que anhelara la llegada de Leontine para lanzarse a sus brazos y aprovechar los momentos que sus asuntos sociales le dejaban libres.

Llegó mamá y mientras corría al lado de Erwin, éste pudo oír que la servidumbre que la esperaba a la puerta le transmitía numerosos encargos recibidos.

—Lady Barrimore preguntó si la señora quería asistir mañana a una jira campestre—indicaba la doncella.

—Telefonéale que iré encantada—contestaba Leontine.

—Se ha recibido para pasado mañana la invitación de Halim-Bajá—

advertía ceremoniosamente el criado.

—¡Es verdad! Recuérdemelo, por favor—pedía la señora.

—Su Excelencia el señor Gradini, envió unas orquídeas para la señora—decía a su vez la doncella.

—Bien. Póngalas en un sitio donde no estorben mucho—contestaba sonriendo Leontine.

—Los señores de Davivier, hicieron una visita hace poco rato—observaba el criado.

—Estos señores, siempre tan finos y tan inoportunos—musitaba la señora.

—Para la comida de mañana, se disculpó el embajador de Siam—advertía a su turno la doncella.

—Lo lamento, porque es un viejecito encantador. ¿Nada más?—preguntó con su última sonrisa, mientras corría a la habitación donde sabía que se encontraba Erwin.

Este salió a recibirla con los brazos abiertos.

—¡Mamá!—gritó lanzándose al cuello.

—¡Mi delicioso pequeño! ¿Qué está haciendo mi guapísimo? ¿Te has acordado mucho de mamá?

—Mira lo que he hecho durante tu ausencia—dijo Erwin mostrándole su estatuilla en barro.

—¡Pero si es Ana! — exclamó

Leontine gozosa—. ¡Qué bien está! ¡Es preciosísima!

—El preceptor dijo que era bárbara—dijo con pena el niño.

—El sabrá sus cosas, pero yo la encuentro deliciosísima.

—Ahora siéntate, que vamos a trabajar mucho—invitó Erwin a su mamá, mostrándole un sillón frente a un trípode de escultor.

Sacó la tela húmeda que envolvía el barro en el que estaba moldeando la cabeza de su mamá, y se puso a trabajar.

Contemplándola para plasmarla en la frágil arcilla, el niño dijo ingenuamente con sincera admiración:

—Mamá. ¡Qué guapa eres!

—No me requiebres, que voy a ruborizarme rabiosamente.

—Dime, mamá, ¿respondes tú al ideal de belleza griega?

—Temo que no—contestó irónicamente Leontine—. Eso lo sabrás mejor tú, que estás metido en esas cosas de arte.

—Oye, ¿por qué representaron los griegos al hombre tan hermoso?

—Yo creo que porque se inspiraron en sus dioses.

—El preceptor no me dice nunca eso...—dijo Erwin apenado. Seguía afanoso en su tarea, moldeando con cuidado los rasgos de la figura en que trabajaba

Cuando más interesado estaba en su labor, penetró corriendo la doncella para advertir que el peluquero estaba esperando a la señora.

—Es verdad. ¡Dios mío, qué horrible!

—Siempre viene Lissy a interrumpir con cosas de éstas...—dijo Erwin malhumorado.

—No te enfades, monín. Anda, dame un beso. Otra vez continuaremos.

Y salió corriendo, dejando al pequeño artista sumido en la mayor de las tristezas. El preceptor recogió a Erwin en su cuarto de trabajo y ambos se dirigieron al comedor, donde, aderezada con algunas amonestaciones, se les sirvió la cena que el niño apenas probó. Se veía tan insignificante y tan solo en aquella inmensa mesa, y se imaginaba a su mamá tan lejos de sí, que no tenía ánimo para comer. Cuando terminó, se dirigió corriendo a la cocina a ver a su buena Ana, que le comprendía mucho más que todos los demás. Al verlo entrar entristecido, Ana le preguntó con el mayor afecto:

—¿Qué quiere mi sol de su vieja Ana?

—Nada. Verte.

—¿Quieres una golosina, ya que has comido tan poco?

—¿Hay dulce?

—Lo he hecho para ti. Anda, vete a la cama, que yo te subiré el pastel.

—¿Por qué no puedo estar en la cocina contigo, Ana?

—Porque los niños ~~tan~~ finos como tú, no deben hacerlo.

—¿Y por qué tiene que ir mamá todas las noches a bailes de sociedad y dejarme aquí, solo?

—Porque mamá tiene que cumplir con las personas amigas de papá; debe tener relaciones con sus clientes... ¡qué sé yo...!

Efectivamente. Leontine se encontraba ya en el baile organizado por distinguidos elementos de la colonia francesa, acompañada por el bravo Hans.

Leontine disculpó la ausencia de su esposo, ocupado, como siempre, por los negocios. En varios idiomas, recibió las más encendidas galanterías, que Leontine contestaba con una de sus risas aterciopeladas.

Mientras trenzaba un vals con el anfitrión, éste, al verla con su traje blanco y descotado, dijo galante:

—Al verla así, señora, podría creerse que Venus había resucitado.

—Algo parecido me ha dicho mi

hijo—contestó Leontine suavizando su mordaz ironía con una leve sonrisa.

Siguió el vals y siguió también el rosario de galanterías que Leontine escuchaba con complacencia no exenta de ironía.

Mediada la fiesta, llegó su esposo. Se sentó fatigado por la labor del día, y en seguida se vió rodeado de amigos que le preguntaron por el curso de sus gestiones.

Tomás Breckwiesser se disculpó.

—Esa fusión con la sociedad americana—dijo—es obra de romanos.

Un francés invitado, murmuró por lo bajo:

—Esos alemanes son terribles. ¡Siempre trabajando! «¡Je ne peux comprendre!»

Leontine invitó a su esposo a bailar el nuevo vals que la orquesta interpretaba. Tomás aceptó complacido. Mientras seguían lentamente su ritmo, ella dijo a su esposo:

—Lo he arreglado todo. El jueves estamos invitados en el palacio de Halim Bajá.

—¡Qué buena eres, Leontine! ¡Siempre tan preocupada por mí!

LA TERRIBLE SOSPECHA

C RUZABA el coche de Leontine una de las callejas de la vieja ciudad, cuando por una calle transversal salió una carreta cargada de cestas, tirada por un borrico y conducida por un viejo musulmán. El topetazo fué inevitable. El chofer no tuvo espacio para maniobrar y aunque frenó rápidamente, una de las ruedas delanteras había dado contra el carrito, que a causa del volumen que llevaba, volcó, yendo a parar encima de Leontine la mayoría de las cestas que llevaba. El musulmán se tumbó en el suelo fingiendo que lo habían atropellado y a sus gritos acudió toda la chiquillería del barrio, que hizo corro al mercader. Leontine se asustó. El chofer, cono-

cedor de los «trucos», gritó enérgicamente:

—No grites, que aquí no ha pasado nada. ¡De aquí no sale ni un céntimo!

—¿Está herido?—preguntó Leontine angustiada.

—Se hace el herido, que no es lo mismo.

—Llame a la policía y arréglole en seguida.

Acudió un guardia inglés y se entabló una inacabable discusión. Leontine, debido a los golpes recibidos y a la impresión sufrida, saltó del coche y para reponerse se dirigió a un banco de unos jardines públicos situados muy cerca de allí. Se sentó para que le diera un poco el aire y unas frías gotas de sudor

perlearon su frente. Sintió una opresión en el pecho y como un silbido agudo en su cerebro. Era un desvanecimiento. Al poco rato, le pareció como si despertara de un largo y pesado sueño y notó un peso terrible en las sienes y un ligero escozor en los ojos. Al abrirlos, tuvo la impresión de que una neblina hiciera imprecisos los contornos de las cosas, pero luego, al disiparse, vió que ante ella tenía un muchacho rubio y espigado, de rostro risueño, que estaba dándole aire con su carpeta de dibujo.

Agradeció Leontine con una sonrisa el cuidado del pequeño, y sin querer, se fijó en su cuaderno de colegio. Era del Colegio Alemán. Y preguntó:

—¿Eres alemán?

—¡Claro! Pero nacido en El Cairo.

—¿Cuántos años tienes?

—En enero, trece.

—Mi hijo cumplirá también trece el 10 de enero.

—Yo también nací el día 10.

—¿Dónde naciste?

—En una clínica.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Son rubios también tus padres?

—Mi padre era moreno, como lo es mi madre.

Una duda terrible, lacerante, dolorosa, germina en el espíritu de Leontine. Contemplando con atención sus facciones, más hiriente se hace su sospecha. Sus grandes ojos dilatados escudriñan todos los rasgos de aquel rostro infantil que sonríe a dos pasos de ella y que no obstante ha abierto en su alma la más cruel, la más terrible de las inquietudes.

Sigue preguntando, ahora con voz temblorosa:

—¿Cómo te llamas?

—Joaquín Franck.

—¿Dónde vives?

—Calle Imad-el-Din, 17.

Y viendo que el chofer, gorra en mano, la invitaba a reanudar el paseo, arreglado el asunto del encontronazo, pidió con mimosa humildad:

—¿Quieres acompañarme hasta el coche?

—Con mucho gusto, señora—respondió el pequeño.

El muchacho, fuerte y sano, cogió del brazo a Leontine y la acompañó durante el breve trayecto que les separaba del auto. Leontine, al notar el contacto del pequeño, sintió un fuerte estremecimiento que la sacudió todo el cuerpo. Por el camino, seguía contemplándolo en silencio, sin llegar a inspirar sospecha, y cuando ya con el pie en el estri-

bo iba a despedirse de él, de buena gana le hubiera besado. Su instinto la contuvo y al ver que el muchacho la tendía la mano, ella la acarició entre las suyas mientras le decía:

—Has sido muy bueno. Te agradezco mucho tu atención. Espero verte de nuevo para expresarte mi reconocimiento...

Joaquín hizo una breve cortesía al arrancar el auto y Leontine se sintió vencida, como rendida, entre sus muelles asientos y aislada del resto del mundo por la tupida red de sus múltiples pensamientos. Pidió al chofer la llevara con urgencia a su domicilio y al llegar a él corrió presurosa hacia su escritorio, donde guardaba, entre cartas y recuerdos de antaño, unas fotografías de cuando su esposo era un mozallete. Contemplándolas, se dio cuenta de que su corazón no le había engañado. Entre las varias fotografías que tenía de Tomás en sus manos, las tomadas en su mocedad adquirirían una semejanza extraordinaria con el pequeño que de una manera tan insospechada acababa de cruzarse en su camino abriendo en su vida un hondo surco de intranquilidad y vacilaciones. El pelo rubio, los ojos azules, la nariz enérgica y pronunciada, la frente despejada, la mirada penetrante y vi-

va, la robustez de su cuerpo, todo concordaba entre la fotografía de su esposo y el aspecto del pequeño Joaquín. Largo rato estuvo contemplando las fotografías y tejiendo en su cerebro las más absurdas ideas. ¿Absurdas? — pensaba Leontine—. ¿No será una terrible realidad esa sospecha que ahora turba de una manera fatal e inexorable todos mis pensamientos?

La voz de su hermano Hans la llamó de nuevo a la realidad. Preguntó con extrañeza:

—Leontine; pero, ¿estás vestida todavía? ¿No te has arreglado para el «tennis»?

—Oyeme, Hans. Voy a confesarte una cosa terrible... — dijo con voz quebrada.

—¿Qué te ocurre? — preguntó Hans alarmado.

—Necesito tu consejo y tu ayuda... Acabo de ver un niño que es el vivo y exacto retrato de mi marido... Nacido el mismo día que mi Erwin... en El Cairo... y, ¡también en una clínica!

—Bien, pero, ¿a ti qué te importa todo eso?

—¡Muchísimo! ¡Más de lo que tú te figuras! Cuando le vi, dije en seguida: Así debe ser un hijo de Tomás.

—A mi entender, eso tiene muy poca importancia para ti... Así sigo

creyéndolo... Porque supongo que no vas a sospechar que Erwin no es tu hijo...

—He aquí mi terrible tragedia, Hans... Cuando estuve en la clínica para el nacimiento de Erwin, recordarás que había graves desórdenes en la ciudad... El personal sanitario tuvo que asistir a los múltiples heridos... Había entre ellos una excitación enorme... ¡Cuán fácilmente pueden cambiarse dos niños!...

En aquel momento, atraído por los sollozos de su madre, Erwin iba a entrar a saludarla, pero se detuvo en el dintel de la puerta procurando no ser visto. Leontine siguió:

—¿Tú no crees que es posible una involuntaria substitución? Y cuando pienso que quizá Erwin no es mi hijo, el corazón parece que va a saltarme. ¡Es terrible!

—Estás nerviosa, Leontine. Eso se puede averiguar fácilmente.

—Ahora me doy cuenta de que Erwin no se parece en nada a su padre. Fuerte y materialista el uno y débil y espiritual el otro... ¡Pero es una locura! Yo adoro a Erwin...

Pero Erwin ya no había oído las últimas palabras. Llorando, se había retirado disimuladamente y fué a ocultar su dolor en un rincón de su cuarto de estudio donde nadie pudiese interrumpir su llanto. Lloraba

amargamente porque le parecía que le estaban robando el amor de su madre idolatrada.

Hans, para ahuyentar las preocupaciones de su hermana, le preguntó:

—Todo eso me parece una fantasía. ¿No habrá querido el chico hacerse el interesante? ¿No querrá sacarte algún dinero con el «truco»?

—No, no; lo que me dijo era sincero y espontáneo.

—Pues, quizá nació en otra clínica...

—Eso es fácil de averiguar. Voy a preguntarlo—dijo Leontine con voz enérgica, levantándose y guardando las fotografías que había esparcido sobre la mesita. Hans le preguntó el nombre y la dirección del chico, pues pensaba por su parte hacer algunas gestiones para devolver la calma al ánimo turbado de su hermana.

Cuando cruzó por la galería de cristales que daba al patio, vió a Erwin entretenido en un rincón. Lo llamó y preguntó cariñosamente:

—Adiós, Erwin. Me voy. ¿No saludas a tu mamá?

Este se levantó, más por corrección que por alegría, y se dejó besar por su madre. En sus ojos se leía la tristeza que anegaba su corazón.

Leontine salió de prisa y encon-

tró al preceptor en el jardín. Inquirió:

—Dígame, por favor, ¿qué le pasa a Erwin? ¡Está tan raro...!

—Señora. Erwin es un niño de predisposición romántica, casi melancólica. Observo que en él no hay nada del padre... Es sentimental, delicado en sus cosas, muy susceptible... ¡Tiene temperamento de artista! — Y añadió sentencioso: ¡Extraños caprichos de la Naturaleza! ¡Qué bien dijo Goethe!: «¡Naturaleza le negó al humano, penetró en lo profundo de su arcano!»

Leontine casi no oyó los últimos vocablos de aquella cita inoportuna. Las palabras del preceptor habían ahondado todavía más la herida que tenía abierta en su corazón. Se precipitó en el coche y ordenó al chofer que la condujera a la clínica donde años atrás estuvo asistida.

Temblorosa, empujó la puerta del despacho donde se hallaba el médico director. Este la recibió amablemente indicándole un sillón rogó le manifestara el motivo de su visita. Leontine, con voz emocionada, dijo:

—Doctor, vengo a un asunto muy delicado. Trascendental para mí.

—Confíe en mí, señora. El médico es un confesor.

—Hace trece años, di a luz en su clínica. Durante este tiempo, he adorado con locura al fruto de mis

entrañas, y hoy, con terrible amargura, estoy segura de que me cambiaron el hijo. El mío no se parece en nada a su padre, y en cambio, he encontrado a otro muchacho que es el vivo retrato de mi marido.

El médico, antes de contestar, contempló largamente a la dama.

Su porte distinguido no inspiraba sospechas, pero la alteración de su voz y su nerviosismo, podían hacer suponer que estaba ante un caso de anormal excitabilidad. Y preguntó:

—Dígame, señora, ¿Ha vivido siempre en este clima?

—No, señor. Pero no tema. Debo advertirle que no soy ninguna histérica. El niño que casualmente he encontrado y que tanto se parece a mi esposo, nació en El Cairo, y en esta clínica, el mismo día que el mío. ¿No cree posible un cambio en aquellos momentos de alteración que sufrió la ciudad la noche trágica de la rebelión?

—Lo veo difícil, pero no imposible. ¿Cómo se llama el niño?

—Joaquín Franck.

—Permítame—dijo. Sacó del armario un libro registro, y leyó:

—Señora Breckwiesser, a las cinco cuarenta, un niño. Señora Franck, a las cinco cuarenta y cinco, un niño. Efectivamente, hay una coincidencia en los nacimientos, pero esto

no indica que pueda haber un error.

—Doctor — exclamó Leontine amargamente—. Solicito con el más vivo interés que se esclarezca el asunto. Comprenda que para mí es cuestión trascendental.

—Yo soy el primer interesado en

ello—dijo sinceramente el doctor; pero viéndola tan atribulada, añadió—: Pero debe prometerme, señora, no emprender nada sin mí.

—De acuerdo—prometió Leontine tendiéndole su fina mano enguantada.

LA CASUALIDAD

A L anochecer, Joaquín se dirigió a la tienda de confecciones que su madre dirigía. Sonriente y chirigotero, la pidió permiso para ir juntos al cine por la noche, pero su madre no pudo acceder a su deseo por tener que acabar un vestido encargado con urgencia. Helga Franck, que así se llamaba, era esclava de su palabra, más por la necesidad de los ingresos que por formalidad comercial. El sueldo que percibía le daba escasamente para vivir con modestia ella y su hijo. Pero como era animosa y quería mucho a su Joaquín, no se arredraba y ponía todo su esmero para salir adelante, empleando en su profesión la mayor parte de las horas. Cerró la tienda y acompañada de Joaquín se dirigió a su

domicilio. Por el camino, Joaquín la contó que en el parque había hallado a una señora desmayada y que, como una loca, no se cansaba de mirarle y de preguntarle cosas. Le dijo que él la estuvo dando aire y que estuvo muy contenta de su atención. Helga no dió importancia al encuentro y preparó la cena, que comieron con buen apetito. Helga y Joaquín eran como unos buenos camaradas que se querían. Así, pues, ella se dedicó a su labor y Joaquín partió contento hacia el cine.

Se sentó en las primeras filas, al lado de un muchacho de su edad. Daban una película de aviación, en la que los aparatos describían atrevidos virajes en el espacio, persiguiéndose en una caza a muerte. Los chicos seguían admirados aquellas

acrobacias y uno de ellos preguntó al otro:

—¿No tiene paracaídas?

—No lo sé, pero como se muera ahora, se acabó la película—contestó Joaquín con indignación. Pero en sucesión de imágenes, derivó en el eterno idilio, y con decepción comentó Joaquín dirigiéndose a su desconocido vecino:

—¡Siempre lo mismo! ¡Qué estupideces de amor!

Y ya no prestó atención a lo que sucedía en la pantalla. Distráido en lo que ocurría en la platea, vio cómo un ratero cogía el bolso de una señora y corriendo se escapaba por una ventana: Avisó a su vecino y ambos se lanzaron a su captura. La señora lanzó grandes gritos anunciando el robo que acababa de ser víctima, y algunos espectadores salieron para presenciar la persecución. Un caballero que acompañaba al niño, salió presuroso y pudo ver cómo los dos pequeños alcanzaban al ratero y recuperaban el bolso. Cuando vieron que uno de los muchachos le tenía en sus manos, después de una pelea con el musulmán en la que ambos rodaron por el suelo, los que presenciaron la persecución confundieron al ladrón, y Joaquín, restituyendo el bolso a su propietaria, dijo altivo:

—¡Ojo! ¡Que nosotros no somos unos ladrones!

Los concurrentes entraron de nuevo en la sala cinematográfica y nuestros dos pequeños se quedaron en el jardín para comentar su «hazaña». Joaquín preguntó al otro:

—¿Quién es ese señor que va contigo?

—Es mi preceptor.

—¿Y lo llevas siempre?

—Sí, por mi desgracia.

—Es cierto, porque hay que ver la antipatiquísimo que es... Oye: tienes que venir alguna vez conmigo... Conozco un sitio donde se construye una casa ...Hay vagonetas, piedras, escaleras... ¡Ya verás cómo nos divertiremos!

—Iré. Te lo prometo.

Y le dió su mano pulida. Y así, de esta manera casual, trabaron amistad Erwin y Joaquín, sin sospechar siquiera que les envolvía el mismo triste presagio y que por idénticos motivos les esperaban días de hondo y punzante dolor.

La vida, como las novelas, tiene asombrosas casualidades.

Al día siguiente, Tomás anunció a su esposa que debía ausentarse por unos días, pues sus negocios le obligaban a dirigirse a El Cabo. Se despidió rápidamente de Leontine, prometiéndole telegrafiar a su llegada y encargándole cuidara de Er-

win, pues le veía un poco pálido. Tomás ignoraba la callada y terrible tragedia que germinaba en el corazón del pequeño y la duda atroz que turbaba la tranquilidad de su esposa.

Cuando Leontine hubo despedido a su esposo acompañándolo hasta el coche, penetró inmediatamente en sus habitaciones para arregiarse y comunicar a su hermano Hans el resultado de su visita a la clínica. Cuando le hubo comunicado su decisión de continuar sus gestiones hasta la completa averiguación de lo ocurrido y le anunció que se disponía a visitar a la madre de Joaquín, Hans se asombró.

—Pero, ¿ya sabes lo que haces, Leontine?

—Sí. Estoy absolutamente decidida. No puedo vivir con esa zozobra.

—Pero, ¿te has fijado en Erwin? Está triste, melancólico como si sospechase algo tu desamor... Pienso que puedes destrozar para siempre la vida de esa infeliz criatura... Medítalo bien, Leontine.

—Entonces, Hans, ¿tú puedes imaginarte que voy a dejar a mi hijo, mi propio hijo, en manos extrañas? No lo creas. Yo quiero a mi hijo, pase lo que pase.

Y nerviosísima, como alocada, dejó a Hans perplejo y salió corriendo

hacia la dirección que le había dado el pequeño Joaquín.

Era una casita modesta, situada en barrio obrero. Llamó decidida y salió a abrir la propia Helga. Preguntó Leontine agitada:

—¿Tiene usted un hijo que se llama Joaquín?

—Sí, señora—contestó alarmada Helga—. Tenga la bondad de pasar.

Y, cerrando tras sí la puerta, preguntó con inquietud:

—¿Le ocurre algo? ¿Ha hecho alguna diablura?

—No, señora. ¡Al contrario! Se portó muy bien conmigo.

—Lo celebro, porque este muchacho es un diablillo.

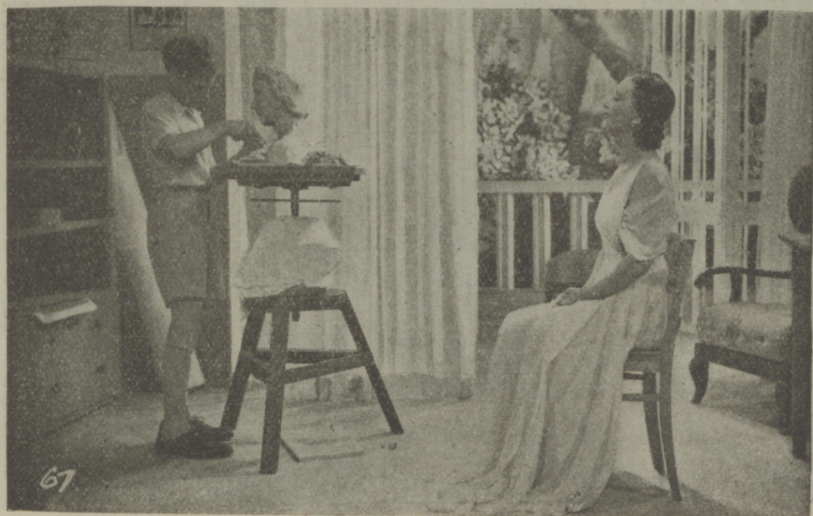
—Fué muy bueno... Tuve un desmayo en el parque...

—Ya me lo ha contado—interrumpió Helga—. Siéntese, por favor. Me dijo que le había ocurrido a usted un accidente de auto. ¿No sería nada grave, afortunadamente, verdad?

—No; nada. La impresión... Gracias por su interés... Pero... lo que me trae aquí, es un asunto de extraordinaria importancia.

—Usted dirá en qué puedo servirle...—dijo Helga humildemente, sin sospechar lo que iba a oír.

—Tengo la sospecha de que el hijo que usted cree suyo, no lo es,

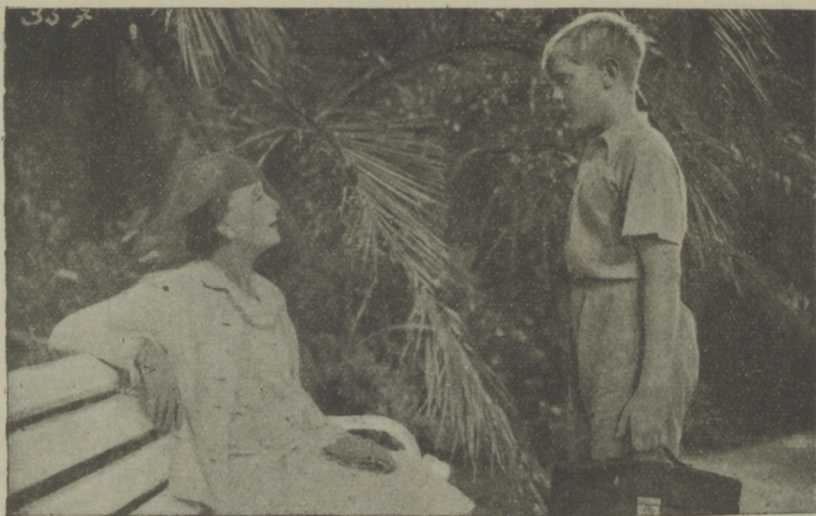


67

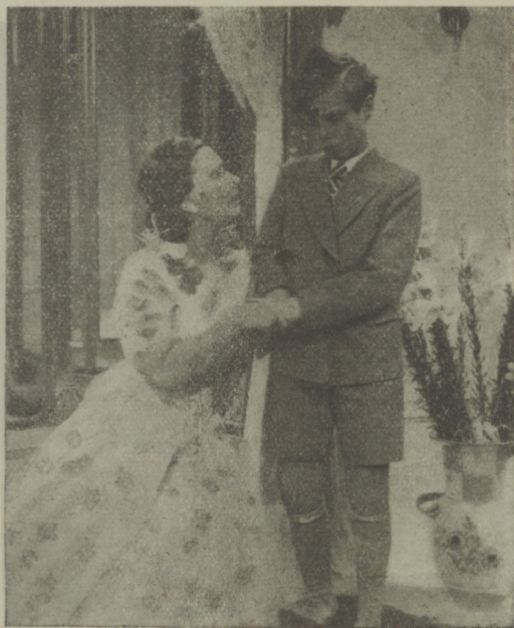


—Mamá; ¡qué 'guapa eres!

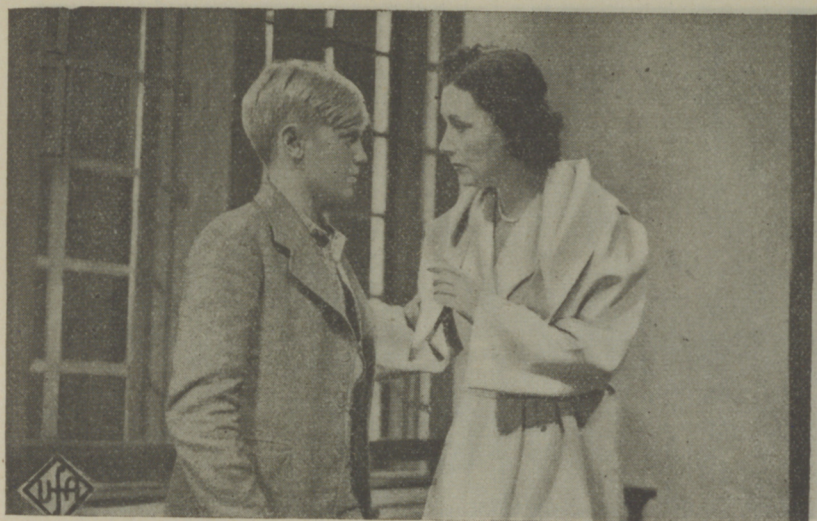
Helga y Joaquín se portaban como unos buenos camaradas.



—¿Son rubios también
tus padres?



—¿Qué te pasa, Erwin?
¿Te da miedo el análisis de
sangre?



Leontine invitó a Joaquín
a dar un paseo por el Nilo.



—¿Tiene usted un hijo
que se llama Joaquín?



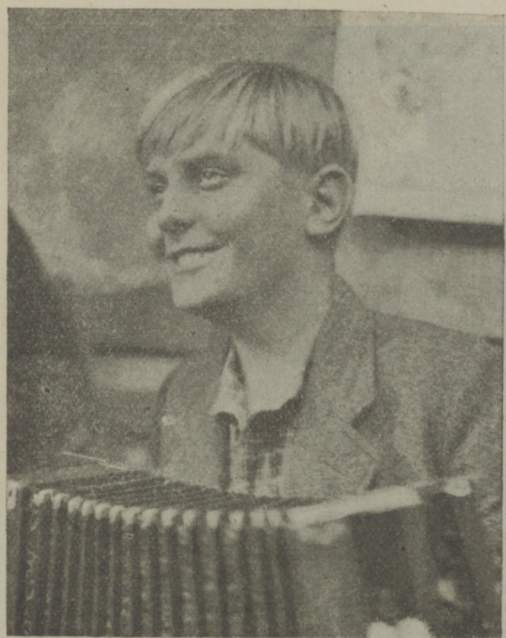
—Cuando pienso que Erwin no es mi hijo, el corazón parece va a saltarme.



—He venido por usted. Soy el hermano de la señora Brackwiesser.



Erwin y Joaquín parecían dos pequeños Tartarines.



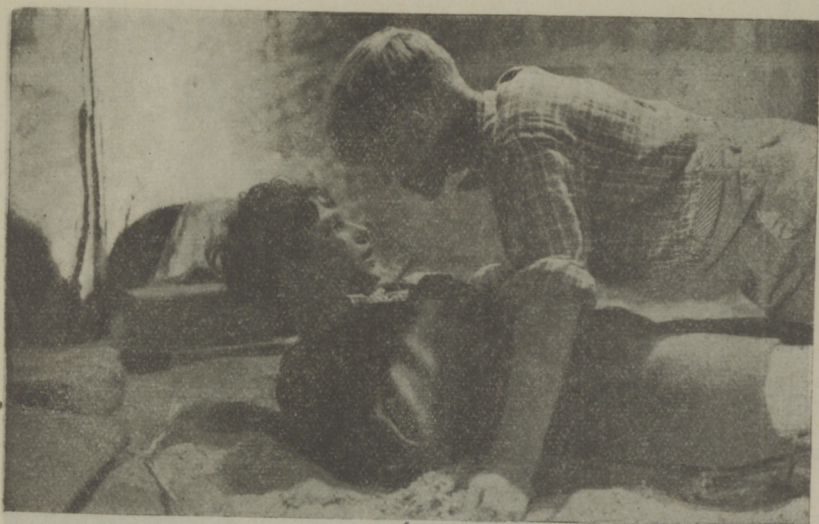
Joaquín interpretaba algunas canciones en una taberna del puerto.



—¿No será mejor que el
médico te reconozca?



—¡Sí! ¡Eres mi hijo! ¡Mi
adorado Erwin!



Erwin propinó a Joaquín
algunos puñetazos.



—¿Cómo tiene usted esa
foto en su poder?



—Hay que procurar que
no le falte nada.



El ramo de flores ocultó
a la feliz pareja.

y en cambio el que yo tengo por mío no me pertenece.

—¿Qué está usted diciendo señora?—exclamó sobresaltada Helga.

—Su hijo y el mío nacieron el mismo día, casi a la misma hora y en la misma clínica. El que usted cree que es suyo, se parece extraordinariamente a mi marido, y en cambio, el que yo he tenido hasta ahora como mío, no tiene semejanza alguna ni física ni moralmente. ¿No teme usted que en aquellos momentos de confusión en la clínica que coincidieron con el nacimiento de los niños, no pudo haber un cambio?

—No acierto a contestarle, señora. Me sorprende tanto su pregunta, que no me atrevo a expresar mi opinión... Y dígame, señora, para coordinar mis ideas, ¿quiere decirme qué pretende de mí?

—Sencillamente. Deseo tener a mi hijo, de la misma manera que supongo que a usted le interesa tener el suyo verdadero.

—¿Y me lo propone usted que es madre? ¡No! ¡Joaquín es mi hijo! Sépalo usted. ¡Aunque lo hubieran cambiado, como usted supone, a Joaquín le he hecho mío con mi cariño!... Es el afán de cada hora, la inquietud de cada momento, lo que ha engendrado entre ambos los lazos indestructibles del cariño. No.

Téngalo en cuenta: yo no puedo dejar de quererle para querer a otro...

—Pero, ¿no adivina usted, no comprende usted, que lo que yo quiero es tener a mi lado al hijo de mis entrañas?

—Lo comprendo, pero dígame: el niño que ha estado con usted, que le ha prodigado sus mimos, que se ha alegrado con sus risas y con el que ha mezclado sus lágrimas, ¿me lo dejaría usted como un vestido que no le sienta bien?

—Es que Erwin seguiría igualmente conmigo.

—¿Con usted? ¿Y yo? ¡¿Sola!? ¡Qué egoísmo tan terrible! —dijo Helga con desespero.

Leontine estuvo un rato sin pronunciar palabra. Se fijó en la modestia de la vivienda y dedujo las privaciones que pasarían madre e hijo. Y pensó enfocar la cuestión desde otro punto de vista. Insinuó:

—Joaquín parece un muchacho inteligente. Podría ser un hombre de provecho y temo que sus medios de vida no le permitan proporcionarle costosos estudios. Si usted le quiere tanto como dice y yo no dudo, sacrifíquese por él. ¡Piense en la vida que podría tener Joaquín a mi lado!

Brincó de ira Helga. No acertó a interpretar las palabras de Leontine y creyó que le ofrecía unas viles

monedas a cambio de su hijo. Reaccionó bravamente y, levantándose altiva, contestó:

—Para hacer de mi hijo un hombre de provecho, no necesito su dinero. Un niño necesita amor y el mío lo tiene hasta la locura. A su lado podría tener mucho lujo, mucha frivolidad, pero le faltaría el cariño que durante trece años he acumulado en su tierno corazón.

—No se trata de sentimentalismo, señora. Piense usted que de ser cierto el error sufrido en la clínica, puedo reclamar a usted judicialmente a mi hijo.

—¿Y, cómo averiguar la verdad?

—Un análisis de sangre dirá la última palabra.

—¿Y usted propone eso? Pues bien. Sépalo ya de una vez. Jamás, entiéndalo bien, jamás le daré a usted mi hijo, ¡aunque las leyes le dieran la razón!

—Lamento su actitud incomprensible —dijo Leontine dirigiéndose hacia la puerta. Y despidiéndose de Helga, añadió—: Ya tendrá usted mis noticias.

—Las considero totalmente innecesarias, señora.

Helga quedó en su hogar hondamente preocupada. ¿Era posible? ¿Podían haber unas leyes que cualquier día le dijiesen autoritariamente: «El niño que usted ha cuidado y

mimado durante trece años, no es su hijo y debe restituirlo a su verdadera madre»? ¿Y Joaquín, podría vivir al lado de una mujer frívola como aquella, él, tan noble y tan sencillo, acostumbrado a su compañía y a sus tiernas caricias? Corrió al teléfono más próximo y llamó a la clínica alemana. La atendió el médico director, quien asoció las primeras palabras de Helga con la entrevista que había tenido con Leontine.

—Dígame, doctor: ¿es posible que puedan cambiarse los niños?

—Francamente le digo que no. Pero si se obstina la señora Brackwiesser, tendremos que hacer el análisis de la sangre, para librarla de su obsesión.

—Pero, ¿no comprende, doctor, que eso es una crueldad?

—Estoy de acuerdo con usted, señora. Pase por aquí y hablaremos de ello. Pero para su tranquilidad le anticipo que usted puede negarse a ese análisis.

Helga dejó el teléfono algo más animada, pero la inquietud torturaba su espíritu. Cuando regresó Joaquín, lo besó con más ardor que nunca y lo retuvo entre sus brazos largo rato, como si temiese que pudieran arrebatárselo. Joaquín venía muy contento. Sacó de su bolsillo

un lindo estuche y lo mostró ufano a su madre, diciéndole:

—Mira, mamá. ¡Vaya regalo estupendo!

—¿Qué es eso?—preguntó extrañada—. ¿Una estilográfica?

—Sí, mamá. ¡Y con lo que yo suspiraba para poseerla!

—¿Y de dónde la has sacado?

Aquella señora que te dije del auto, acabo de encontrármela y me la ha regalado, por lo bueno que fui con ella el día del accidente.

—No debías aceptarla—dijo secamente Helga.

—¿Por qué no? ¡Si somos la mar de amigos! Hoy voy con ella en su lancha motora. ¡Me ha invitado a dar un paseo por el Nilo!—dijo el pequeño con cierta petulancia.

—¡No vayas, Joaquín! ¡Deja a esos señorones, que no quieren nada bueno de ti!

—¿Lo ves? ¡La culpa la tengo yo, que te lo he dicho!

Comprendiendo que no podría luchar contra aquella dama que empujaba a conquistar la simpatía de Joaquín con obsequios e invitaciones que ella nunca podía ofrecerle, Helga se puso a llorar silenciosamente.

—Encima te pones a llorar—dijo el niño, mohino.

—No te enfades. ¡Si quieres ir...! —dijo Helga con renunciamiento.

—Ahora soy yo el que no quiere ir. No quiero que te disgustes. Anda, no llores más y dame un beso. Helga abrazó con frenesí a Joaquín y enjugó con sus besos las lágrimas con que perleaba aquel rostro idolatrado.

Aquella misma tarde, Hans inició sus gestiones relacionadas con el asunto que tanto preocupaba a su hermana. Se puso un traje sencillo, pero elegante, y se dirigió a la tienda en la que Helga Franck prestaba sus servicios como directora. Fisgoneó desde el escaparate y entró en el almacén de confecciones. Preguntó por la señora Franck y manifestó sus deseos de hablar con ella.

Con su atractiva sonrisa de buena vendedora, Helga recibió al desconocido comprador. Hans, un poco turbado por la simpatía que irradiaba su interlocutora, dijo:

—He visto en el escaparate una blusa preciosa... y desearía adquirir una igual para hacer un obsequio.

—¿Cuál es la que a usted le gusta?

—No sé exactamente. Creo que tiene unas flores verdes...

—Ya sé a cuál se refiere. ¿Sabe usted el número?

—No... ¡No sé! Es para un tipo aproximado como el suyo.

—Entonces, es el 38. Espere un momento.

Helga fué hacia el interior en busca del modelo solicitado. Hans la contempló con agrado. Era verdaderamente gentil. Delgadita, nerviosa, graciosa en el andar. Vista de cerca, tenía un encanto especial, debido, seguramente, a sus grandes ojos acariciadores y a su voz melódica de cálido acento.

—Vea usted—dijo Helga, mostrándole la blusita.

—Efectivamente, es preciosa... —y no sabiendo cómo continuar la comedia que estaba fingiendo, se decidió a hablar claramente—. Perdóneme, però no he venido por la blusa...

—Entonces, ¿a qué ha venido?

—He venido por usted. Soy el hermano de la señora Brackwiesser.

—¿Y por eso quería usted hablarme? Si es así, permítame que me retire.

—Por favor, señora. Es muy conveniente que hablemos. La espero a usted esta noche.

—Lo siento, pero no tenemos nada que decirnos.

—Señora, voy a pedirle un favor: después de conocerla a usted, quiero rogarle que no me considere como un enemigo. Le confieso francamente que la idea de mi hermana me parece totalmente absurda. ¿No

podemos hablar amistosamente de ello?

—Confiado en la sinceridad de sus palabras, no veo inconveniente en ello.

Y quedaron citados para encontrarse aquella noche. Hans salió de la tienda hondamente sugestionado por la extraordinaria simpatía de Helga, y ésta, a su vez, se sintió satisfecha de hallar a una persona razonable que podría convertirse en su aliado.

Mientras tanto, Leontine, que esperaba a Joaquín para hacer una excursión por el Nilo, vió frustrados sus deseos por la incomparecencia del pequeño, y en cambio, Erwin, que esperaba salir de paseo con su mamá, comprobó dolorido que no iba a recogerlo a la hora fijada. En vista de ello, se acordó de su amigo y se dirigió al solar donde le había indicado se estaba construyendo una casa, para pasar un rato juntos y divertirse. Cuando se encontraron, comentaron con su infantil ingenuidad que ambos tenían, que tenía que salir a dar un paseo por el Nilo en una lancha motora y que Joaquín no había ido porque no le había dado la gana, y en cambio Erwin no había podido ir porque su mamá no le había recogido. Les chocó la coincidencia, pero no le dieron importancia. ¡Cómo iban a figu-

rarse que se trataba de la misma persona!

Por la noche, mientras Erwin tenía otro disgusto cuando se enteró casualmente que su mamá intentaba hacerle un análisis de sangre y averiguó por la servidumbre que eso se hacía para saber los antecedentes paternos, Joaquín también sufría una terrible decepción cuando vió que su mamá llegaba acompañada de un

caballero que la trataba con exquisita amabilidad y que se despedía de ella con extraordinario afecto. Más que la sospecha, tuvo el presentimiento de que era un pretendiente de su madre y esto le causó un dolor desconocido, porque temió que le robaría algo de su cariño. Su carácter noble y sin dobleces no pudo disimular la contrariedad que le producía la presencia de aquel intruso.

EL DILEMA

LEONTINE seguía apurando todos los recursos. Se entrevistó con su abogado y le encargó ofreciera dinero a la señora Franck para obtener la conformidad de un análisis de sangre de su pequeño. Este abogado, por orden de Leontine, visitó a Helga y le ofreció cien libras esterlinas.

Helga recibió con desagrado la proposición, y le anunció que si algún día diese el consentimiento, lo haría sin pago alguno.

—Eso prueba su carácter..., pero no su sentido práctico—arguyó maliciosamente el abogado—. Reflexione usted con calma, señora. Cien libras esterlinas no es una cantidad despreciable... En fin, ya sabe usted mi dirección y que me tiene us-

ted a sus órdenes—terminó el abogado retirándose discretamente.

Y como si las cosas se hubiesen puesto en contra de la pobre Helga, poco rato después, la propietaria de la tienda de confecciones donde prestaba sus servicios, le anunció con gran pesar que aun cuando había pensado que el salón continuaba bajo su dirección, tenía oferta de un comprador, la esposa del cual deseaba ponerse al frente del mismo. Para Helga, aquella noticia hizo vacilar su entereza. Tenía contrato para tres meses nada más y pasado aquel tiempo, ¿qué sería de ella y de su hijo?

Se torturó su cerebro meditando. Quería a Joaquín con toda su alma, con un amor generoso, sin sombra de egoísmo, y esto le hacía pensar

en el porvenir que tal vez ella, en un exceso de pasión mal entendida, podía truncar. Y decidió hablarle francamente. Al llegar a su casa, le dijo sin rodeos:

—Joaquín, tengo que decirte algo muy importante. Hablemos francamente, como dos buenos amigos. Es muy doloroso lo que voy a decirte, pero es necesario que lo sepas. Aquella señora del desmayo y de la estilográfica, asegura que tú eres su hijo. Para averiguar la verdad de ello, es necesario que te hagan un análisis de sangre.

—Oye, mamá, una cosa: Si yo tuviese la sangre igual que la del señor Brackwiesser, ¿sería su hijo?

—Por lo visto...

—¿El hijo de esa señora loca?

—Naturalmente...

—¡Vamos, anda! ¡Qué voy a ser! ¡Yo soy tu hijo!—dijo Joaquín con convencido aplomo.

—¡No, Joaquín!—dijo débilmente Helga—. ¡Yo no soy tu verdadera madre! Tu madre murió cuando tú eras muy pequeñín. Luego, tu papá se casó conmigo y tú fuistes mi hijo... Yo te he querido como si fueses mío propio, pero era necesario que tú supieses la verdad...

Calló un rato Joaquín. Luego afirmó muy seriamente:

—El análisis de sangre, no se hace.

—Piénsalo bien, Joaquín. Si resultase cierta la sospecha de la señora Brackwiesser, tengo la certeza de que estarías mejor que conmigo. Estos señores son ricos; a su lado podrías estudiar, ser hombre de provecho... Yo no sé si debo privarte de esta ocasión... Puedo estar enferma... Puedo perder mi colocación...

—Y dime, ¿tú me dejarías ir con esos señores ricos?—preguntó Joaquín dolorido.

—¡Hijo mío! ¡Tú no sabes cuántas veces me he hecho yo esta pregunta! Y siempre la contestación ha sido la misma. ¡Yo no quiero más que tu bien!

Un tropel de ideas acudieron a la imaginación del pequeño. Vió la figura de la señora Brackwiesser con su lujo ofensivo; vió aquel hombre desconocido que acompañó a su madre aquella noche; le pareció que se tramaba algo en contra de él y se sintió incómodo al lado de aquella mujer que acababa de confesarle que no era su madre. Y salió. Helga quedó en su humilde hogar con el corazón lacerado por la pena que albergaba, y pidió a Dios que le concediera fuerzas para sobrellevar tantas angustias. Joaquín se dirigió a la escuela, lleno su cerebro de sombríos pensamientos.

Helga y Hans se entrevistaron de nuevo y aquélla le puso al corrien-

te de la escena desarrollada con su hijo. Hans tuvo, pues, conocimiento de la verdadera personalidad de Helga, y compadeció todavía más el espíritu de aquella mujercita frágil que había luchado denodadamente durante tantos años, sacrificando lo mejor de su vida para que no faltase nada al pequeño niño adoptivo que ahora estaba en trance de perder. Hans admiraba sinceramente las virtudes de aquella mujer buena, como también se daba cuenta de los múltiples encantos físicos de Helga. Cupido, rondaba.

En casa de los Brackwiesser, Erwin también tuvo una escena con

su madre. Este, más susceptible que Joaquín, se negó a continuar el busto que tenía empezado, y dando un puntapié al caballete que sostenía el modelo, lo destrozó, pretextando que el barro se había puesto muy duro. Adivinó su madre lo que ocurría a Erwin, y le dijo con fingida mimosidad:

—¿Qué te pasa, Erwin? ¿Es que te da miedo el análisis de sangre? —y para animarle, mintió—: ¿Sabes? Es que tenemos que hacerlo por la malaria.

Pero Erwin no se dió por convencido. De sobras sabía de lo que se trataba. Y se negó rotundamente.

DUDA FILIAL

CUANDO Joaquín salió del colegio, se dirigió a casa de su amiguito. Era el único que le quedaba, con quien podía expresar claramente sus pensamientos y confesar sus secretos.

Cuando iba a entrar en el jardín, salía el coche conducido por Hans. Este, que le conocía por habérselo enseñado Helga desde lejos, reconoció que, efectivamente, era extraordinaria la semejanza con su cuñado. Paró el coche, pensando que era una oportunidad para hablar a solas con el pequeño.

—¿Vas a buscar a Erwin? — le preguntó Hans.

—Sí, señor.

—No está en casa ahora. Anda, sube. Ven a dar un paseo conmigo.

No se hizo rogar el chiquillo y subió contento, instalándose al lado de Hans en el asiento delantero. Hablaron de cosas triviales, del tiempo, del paisaje, del colegio, hasta que Hans, con cautela, derivó la conversación hacia el tema que a él le interesaba.

Joaquín se lamentó de la proposición de su madre y manifestó claramente su desobediencia. Hans le preguntó taimado:

—Si tu madre quiere que se haga el análisis de sangre, ¿por qué no te dejas?

—Porque yo no me deo cambiar.

—Debes pensar que lo hace por tu bien. El día de mañana, tal vez agradecerás debidamente el sacrificio que hoy se impone.

—No. Lo que pasa es que no me quiere ya. ¡Eso es todo!

—¿Cómo no va a quererte tu madre?

—Hoy me ha contado que no lo es. Se casó con mi padre y nada más. Sé que se encuentra secretamente con alguien...

—¿Cómo lo sabes? — preguntó Hans extrañado.

—Lo vi la otra noche desde el balcón, cuando llegaba con un sujeto.

—Es verdad. No te engañas. Se encuentra conmigo.

—¿Con usted? De eso no sabía una palabra. ¡Claro! Ahora lo comprendo. Todos contra mí... Pero no lo conseguirán. No y mil veces no.

Hans le hizo algunas consideraciones sobre el caso, pero el pequeño Joaquín se encerró en un mutismo absoluto. No quiso insistir más para no empeorar las cosas y dejó al pequeño donde le dijo que iba, que era el cercado de la casa en construcción, donde había convenido encontrarse con su amiguito.

Efectivamente, Erwin estaba allí esperándolo. Ambos parecían pensativos. Joaquín le dijo que estaba convidado a dar un paseo por el Nilo y que no aceptó la invitación. Erwin, en cambio, se quejó de que su madre se lo había prohibido. Pe-

ro como queriendo justificarse, añadió por lo bajo:

—Puede hacer lo que quiera. ¡No es mi madre!

—Oye — dijo de pronto Joaquín—. El domingo que viene tendremos una pelea yo y un par de chicos más. ¿Quieres ser de los nuestros?

—El domingo ya no estoy aquí— dijo Erwin con amarga resolución. Y añadió con energía—: ¡Boy a escaparme! Mi mamá dice que no soy su hijo... ¿Para qué voy a estar con ella?

—Entonces— exclamó asombrado Joaquín—, ¿tú eres el muchacho con quien tu madre dice me cambiaron a mí?

—Eso es lo que dice... ¿Y tú eres el otro?

—Aquella historia de la clínica... Me la cuelgan a mí también.

—Ciertamente. ¿Y tu madre la cree?

Vaciló un momento en contestar. Luego dijo con desprecio:

—¡Esa...!—y variando el rumbo de sus pensamientos, preguntó—: ¿Y adónde quieres ir?

—A cualquier parte. A Alemania en un barco, si puedo. Tú te quedarás en mi lugar. ¡Ya verás cuando estés en mi casa! ¡Podrás saltar por la ventana al tejado!

—No. Yo no voy a tu casa...

—Entonces, ¿quieres quedarte con esa... madre?

—¡Qué va! Esa se alegra de que yo me vaya... Además, tiene uno... ¡Pero no quiero hablar!

—¿Por qué no vienes conmigo?

—¿Contigo? Me parece una idea. Al fin y al cabo, estamos en la misma situación. Yo no tengo madre, y tú que la tienes, no te quiere. ¡Pues que se fastidien!

—¿De veras quieres venir? Iremos a correr mundo... Yo traeré provisiones y mis ahorros de la hucha.

—Yo tengo una mochila y un rifle de salón. ¿Lo traigo?

—¡Naturalmente! ¡No sabemos lo que puede ocurrirnos!

—Mañana, a las tres de la tarde, aquí. ¿Te parece?

—A las tres en punto. Hasta mañana. ¡Y que no vayas a arrepentirte ¿eh?

—¡Palabra!

Y con un apretón de manos, sellaron el ingenuo convenio. Se separaron rápidamente y se dirigieron cada uno a su domicilio.

Leontine tenía preparada para el día siguiente la visita con su hijo al domicilio del doctor, para efectuar el análisis de sangre, pero cuando Erwin le anunció que salía de excursión con la Escuela Alemana, retrasó por un día la visita.

Ordenó a la vieja Ana que le preparase la comida para el día siguiente y preguntó a Erwin si necesitaba dinero. Este le contestó huraño:

—No. Ya tengo el mío.

Y se retiró a su habitación, sin dar a su madre el acostumbrado beso de buenas noches.

Helga también observó un cambio en Joaquín, pero lo atribuyó al desengaño que sufría al saber que no era su madre. Comprendía el dolor que le había causado, pero consideraba necesario que su hijo adoptivo supiese toda la verdad de su vida, para que fuese él quien decidiese su porvenir.

¡Poco pensaba la pobre la decisión que había adoptado Joaquín! Tampoco podía pensar Leontine la sombría determinación que su ligereza había hecho tomar a su tierno Erwin. ¡Y cuánto iba a sentirlo!

LA FUGA

PARECIAN dos pequeños Tartarines. El rifle en bandolera, el impermeable, la mochila, el acordeón, los zapatos de monte; bastón, cuerdas y comida, mucha comida.

Erwin y Joaquín salieron de la ciudad por el barrio musulmán, donde eran desconocidos. Cruzaron una de las puertas de las antiguas murallas y se encontraron frente al muelle habilitado, donde el Nilo tenía mayor profundidad y extensión. Frente a sus ojos se presentó la obscura mole de un vapor mercante alemán. Preguntaron desde el muelle a unos tripulantes que estaban en el puente:

—¿Llevan ustedes pasajeros?

—¿Tenéis dinero?

—Tenemos poco, pero podemos ser grumetes.

—Pues venid mañana por la noche, a las nueve, a la taberna del «Delfín Azul», y hablaréis con el capitán.

En el domicilio de Leontine todo el mundo suponía que el pequeño Erwin había salido de excursión con el Colegio Alemán, tal como había mentido la víspera. Pero al anochecer, cuando su madre entró en el cuarto tocador, encontró frente al espejo un sobre cerrado. Lo abrió y vió inmediatamente la firma de Erwin al pie de unos renglones que decían sencillamente:

«Me marchó, porque crees que no soy tu hijo. Adiós.—Erwin.»

Como un estilete que hubiese pe-

netrado en su corazón, aquellas letras de su hijo hirieron lo más sensible de sus entrañas. Cayó pesadamente en una butaca y quiso releer aquellas palabras que brincaban grotescamente ante sus ojos como una burla sangrienta. Inmediatamente se dió cuenta de la enormidad que había cometido y no se paró en reflexionar cómo había llegado a conocimiento del pequeño la duda que le había inducido a adoptar aquella resolución.

Llamó inmediatamente al preceptor. Dominada por la excitación nerviosa, le preguntó descortésmente:

—¿Sabe usted dónde está el niño?

—Erwin está de excursión con la Escuela Alemana.

—¿Una excursión? ¿Es así como cuida usted de mi hijo? Vea usted —le dijo, mostrándole la carta—. ¡Erwin se ha fugado!

—Para eso no tenía mi autorización, señora.

—¡Se ha ido para siempre!—exclamó Leontine anegada en llanto.

—No comprendo...

—Claro, usted no comprende nada. ¡No se quede aquí! ¡Haga algo! ¡Telefonee usted! ¡Busque usted! ¡Indague!

El preceptor estaba completamente atontado. No sabía qué hacer ni qué decisión tomar. Se fué

corriendo en busca del chofer para salir a escape hacia... no sabía dónde. Le encontró en la cocina. Comunicó atropelladamente lo ocurrido y Ana recordó entonces que el pequeño se había llevado media despensa.

El preceptor, no sabiendo a quién hacer partícipe de su mal humor, se encaró con la vieja sirvienta y le dijo:

—Cuando se llevó tantas provisiones, ¿no sospechó usted que podía ser una escapada?

—¡Pobrecito Erwin!—dijo sollozando Ana.

—¿No le dijo nada? ¿No lo sabía usted? ¡Siempre estaba en la cocina!

—Claro. El pobrecito venía a curarse de las «tabarras» que le daba usted.

Rieron el chofer y el criado la certera contestación de la vieja criada, y el preceptor, corriendo y atribulado, descargó sus iras contra el chofer, repitiendo lo que antes le habían dicho a él:

—¡No se quede usted así! ¡Haga algo! ¡Telefonee usted! ¡Busque usted! ¡Averigüe!

* * *

Los dos fugitivos se habían instalado en un lugar solitario y allí ha-

bían montado su pequeña tienda de campaña. Habían convenido turnarse y Erwin montaba la guardia armado de su rifle de juguete. Hacía rato que una lluvia persistente había obligado al pequeño a cubrirse con el impermeable, pero el agua resbalaba por su cabeza y cara, y le mojaba las piernas. Tiritaba de frío. Joaquín le aconsejó que entrara en la tienda; pero Erwin, cumplidor de su deber, se negó a ello alegando que le tocaba la guardia. Entonces Joaquín propuso encender lumbre; pero Erwin también se negó a ello, por temor de ser descubiertos en seguida. Cuando rendido por el frío, Erwin no pudo aguantar más, se metió en la frágil tienda, en espera del nuevo día. Pero por la noche no pudo conciliar el sueño. Tenía frío; sentía fuerte escozor en la garganta y una opresión en el pecho que luego le hizo toser con frecuencia. Cuando clareó el día, repasaron su «capital». En verdad que era muy modesto. Se reducía a unas monedas de cobre y unas, muy pocas, de plata.

Erwin estaba pálido. Joaquín le dijo:

—Con este tiempo te has acatarrado. Abrígate bien.

—Ahora ya habrán visto nuestras cartas en casa—dijo Erwin dominado en su idea.

—¡Que se fastidien!—dijo Joaquín con cierto rencor—. Yo ni me acuerdo. Lo que me preocupa es el plan que debemos seguir. Mañana veremos a los del vapor y decidiremos. Pero me preocupa que no te encuentres bien. Además, aquí no podemos estar durante el día. Tenemos que levantar la tienda y buscar un sitio menos visto.

Joaquín, más fuerte y valeroso, se cuidó de los trabajos manuales de desmontar la tienda, y al poco rato reemprendieron el camino. Separado de la población, vieron un hotelito en construcción y cuyas obras de momento parecían interrumpidas. Entraron por la puerta del cercado provisional y no encontraron a nadie que les llamase la atención. Penetraron en el interior de la vivienda y en los bajos hallaron una habitación reducida, situada debajo de la escalera en construcción, y fué allí donde decidieron instalarse. Joaquín estaba entusiasmado. Decía:

—Esto es algo estupendo, Erwin. ¡Aquí no va a encontrarnos nadie! Además, aquí se está al abrigo de la lluvia y del aire, y tú podrás descansar hasta la noche. Anda, tiéndete un rato, que te taparé con el impermeable.

Erwin atendió el consejo de su amigo, y se tumbó en el suelo, encima de unas pajas y virutas que por

allí había. El frío y la tos seguían martirizándolo. Joaquín notaba el malestar de Erwin, y para distraerle dijo:

—Hemos tenido la gran idea de escaparnos. Porque, ¿has reflexionado lo que iba a ocurrirnos? Tú, tan bien acostumbrado, no hubieras podido resistir la vida monótona y modesta de mi casa. Ahora, mi madre ya habrá leído la carta...

—¡Vete a tu casa, si tanto te acuerdas de ella!—interrumpió Erwin con reproche.

—No es que me acuerde... ¡Es que me pone furioso pensar que me querían dar a una señora que está loca!

—¿Qué dices, idiota? No permito que ofendas a mi madre. Es tan buena como puede serlo la tuya—dijo Erwin incorporándose rápidamente.

—No me hagas reír! ¡Está mocholes como una cabra! ¡Mira tú que salir ahora con el cuento del análisis de sangre! ¡Vamos, anda!

—Te prohíbo que sigas hablando así. Te repito que mi madre es buena.

—Lo que es tu madre, una coqueta, y lo único que sabe hacer es pintarse.

—Te he dicho que no siguieras y no me has atendido, pues ahora vas a ver—dijo Erwin levantándose

furioso y abalanzándose sobre Joaquín.

Este, que no esperaba la agresión, rodó por el suelo, seguido de Erwin, quien le propinó los primeros puñetazos. Reaccionó Joaquín y estuvieron unos momentos peleándose, propinándose mutuamente algunas patadas y puñetazos, hasta que Joaquín, más fuerte, pudo dominarlo y asirlo por las muñecas, comprobando entonces con asombro que su amiguito tenía una temperatura extraordinariamente anormal. Cesó repentinamente la lucha y preguntó con angustia:

—¿Qué te pasa, Erwin? ¿Estás malo?

—Naturalmente. De eso te vales, si no de la paliza que te doy...

—¡Tienes mucha fiebre! ¡Lo menos 45 grados! ¿Y qué voy a hacer ahora? Si estuviese aquí mi madre, al menos podría preguntarle... Si no te encuentras bien, ¿quieres irte a tu casa?

—No. De ninguna manera. ¡Le está bien empleado a mi mamá que ahora me haya puesto malo!

—Bien. Como tú quieras. Ponte aquí quieto, que ya vuelvo en seguida.

Joaquín había tomado una decisión. Se dirigió presuroso a consultar el caso a un médico. El primero

que encontró en el barrio extremo de la ciudad.

El doctor, que también era alemán, atendió con simpatía al pequeño.

—Dime, ¿qué te ocurre?

—Desearía saber si cuando uno tiene fiebre y tos y siente una punzada aquí, en la espalda, es pulmonía.

—Eso no puedo contestártelo. Iré a ver al enfermo.

—No, no puede ser. ¿No puede usted tratarlo desde aquí?

—De momento, si quieres, te daré unas pastillas, pero al séptimo día tengo que visitarle.

—No, de ninguna manera. Se trata de un caso... —dijo Joaquín con embarazo—. Estoy de excursión con un amigo... y no se encuentra bien... y no quiero que en su casa se enteren.

—Sí; comprendo. Una chiquillada. Pero ¡volved a vuestras casas, muchachos!—le dijo el doctor paternalmente—. Yo también, cuando era joven, me escapé de casa y tuve que volver a ella...

—Es que el nuestro es un caso especial. Si se agrava vendré de nuevo a verle, pero prométame bajo palabra de honor, que lo que le he dicho quedará entre nosotros...

Sonrió compasivo el doctor y acompañó al visitante hasta la puer-

ta, recomendándole que el enfermo tomara leche y las pastillas que le había entregado. Como no le había cobrado la visita, el dinero que tenía reservado lo invirtió en la compra de una botella de leche, que llevó corriendo a Erwin. Calentó una parte del contenido y se la dió a beber, dándole ánimos y asegurándole que con leche y pastillas se pondría en seguida bien. Luego decidió salir en busca de otra botella de leche y se dirigió a una taberna situada cerca del muelle, donde, con la excusa de ofrecerse para tocar el acordeón, pudo hacerse con una. Cuando regresó, encontró a Erwin amodorrado y le oyó nombrar varias veces a su madre. Le llamó para darle otro poco de leche y preguntarle si quería ir a su casa.

—¿Por qué lo dices?—preguntó Erwin extrañado.

—Porque sé que no piensas más que en una cosa.

—¿En qué pienso? ¿Qué he dicho?

—Estás llamando a tu mamá...

Calló Erwin avergonzado. Y Joaquín se sintió menos valeroso.

* * *

En la ciudad, las pesquisas habían empezado con toda actividad. Leontine acudió a la Embajada y ex-

puso detalladamente el caso. Allí se cursaron órdenes a la policía y a los pocos momentos se transmitía este telegrama circular: «Transmítase a todas las estaciones... Interesa busca de Erwin Brackwiesser... Trece años... Pelo negro... Ojos castaños..... Notifíquense detalles a la policía de El Cairo». La radio lanzó al espacio la noticia. La policía se puso en movimiento. El fugitivo, sin tardar mucho, sería localizado. Pero para la atribulada Leontine, los minutos le parecían horas crueles e interminables. Tuvo un triste presentimiento: el que su hijo pudiese caer enfermo, lejos de ella, sin sus cuidados, sin sus mimos... ¡Se moriría el pobrecito! ¡Qué canallada había cometido con su ligereza imperdonable! ¡Cara estaba pagando aquella vacilación de su amor materno! Ahora se daba cuenta de que era imposible hacer callar un sentimiento tan hondo y grande como el de una madre! Continuamente estaba en contacto con la Embajada alemana, con la policía y con su hermano Hans, que corría por la ciudad para ver si hallaba rastro de los fugitivos.

Tomás Brackwiesser seguía en El Cabo. En aquellos momentos de tribulación llamó por teléfono para anunciar que tardaría todavía ocho días en regresar. Leontine tuvo que

hacer esfuerzos inauditos para que su voz, velada por la emoción, no revelase a su esposo la honda tragedia que llenaba su corazón. Le mintió que Erwin no se ponía al teléfono porque estaba de excursión con la Escuela Alemana, y aunque su voz fingía entereza y alegría, abundantes lágrimas corrían por su rostro dolorido. Tomás se despidió tiernamente de su esposa, y Leontine quedó en su butacón vencida por el llanto y el dolor. ¿Qué le diría a su esposo cuando dentro de ocho días regresara y encontrara el hogar sin su más idolatrado tesoro? ¡Era terrible pensarlo! ¿Cómo iba a creer en aquella absurda duda? Pero todavía le esperaba otra congoja. La doncella avisó que la señora Franck esperaba en el salón. Helga, al regresar por la noche a su casa, había encontrado también una carta de su hijo en la que le decía: «Me marcho con Erwin Brackwiesser. Así no tendréis que reñir por nosotros. Espero que «ese señor» que te acompaña se cuidará un poco de ti. Adiós.—Joaquín». Para la pobre Helga, aquello fué un golpe terrible. Se sintió culpable de lo ocurrido por revelar la verdad al pequeño, por proponerle que se fuera con Leontine y por consentir la compañía de Hans, que a Joaquín le disgustó. Pasó toda la noche en vela, forjando las más des-

agradables conjeturas y con el alma atenzada por el dolor y la tristeza. Al día siguiente se dirigió con presteza y emoción al domicilio de Leontine. Cuando ésta la recibió, le lanzó esta frase al rostro, como si fuese una acusación:

—¡Joaquín se ha marchado!

—¡También se ha marchado mi hijo!—sollozó Leontine.

—¡Hasta ese punto ha llevado usted las cosas! ¡Por un estúpido capricho suyo! ¡Cómo va a dolerle, si ahora pasa algo!

—No tema. Joaquín es un roble... En cambio, mi Erwin..., ¡tan delicado!...

—¡Antes de exteriorizar sus du-

das debía usted reflexionar! Ahora quizá ya es tarde... ¿Ha dado parte a la policía?

—Sí; lo he intentado todo: la Embajada, la policía, se ha avisado por radio... ¡Todo en vano!

Leontine y Helga callaron. Un mismo dolor las unía y laceraba su espíritu. Helga se retiró silenciosamente. Al llegar a la puerta, condensó todo su amor en estas palabras:

—¡Con tal que no le haya pasado nada... se lo daría a usted!

Si el amor es renunciamiento, Helga demostraba adorar hasta lo infinito a su pequeño Joaquín.

¿ERES MI HIJO!

ERWIN seguía empeorando. Joaquín lo notaba en su aspecto palidísimo, en el decaimiento y en su mutismo, turbado sólo de vez en cuando por algunas palabras inarticuladas y por sus constantes e inconscientes llamadas a su mamá. Pudo obtener algunas botellas más de leche tocando el acordeón en la taberna del puerto, pero finalmente le despidieron, alegando que interpretaba canciones demasiado tristes. Regresó preocupado al escondrijo donde se hallaba Erwin y le confesó que no había podido obtener más leche. Erwin, asustado, preguntó:

—Entonces, si no tomé leche, con la fiebre que tengo, ¡voy a morirme!

—¿No será mejor que busque al médico y te reconozca?

—¡No! ¡Nos delataría y nos encontrarían!

—¿Y si te pasa algo grave?

—¡Me es igual! ¡Así como así, mi mamá no me quería! Si muero, podrá tener todos los chicos que se le antoje.

Y quedó nuevamente sumido en un profundo sopor.

Pero el doctor no necesitaba acudir al sitio donde estaban escondidos para delatarlos, sino que habiendo oído las llamadas de la radio, puso en conocimiento de la policía la extraña visita que le había hecho el pequeño, sospechando que se trataba de uno de los fugitivos. La policía, a su vez, transmitió a la señora Brackwiesser la indicación del doctor, y ésta, junto con Hans, se dispusieron corriendo a entrevistar-

se con él para averiguar más detalles.

Hans pasó antes por casa de Helga para comunicarle la noticia y la encontró revolviendo viejos papeles para ver si encontraba una fotografía de Joaquín. Renació la esperanza en el ánimo de la atribulada muchacha y agradeció a Hans todo lo que hacía por el pequeño como si lo hiciera por ella misma. Entre los papeles que había dispersos encima de la mesa, Hans vió la fotografía de un castillo, cuyas líneas le pareció recordar. La observó atentamente, con creciente curiosidad, hasta que por fin preguntó:

—¿Puede usted decirme cómo es que tiene usted esta fotografía en su poder?

—Exactamente no lo sé. La guardo porque era de mi marido.

—Es extraño. Aseguraría que es la casa de los Brackwiesser, en Alemania.

—Mi marido me dijo que era la casa solariega de sus abuelos.

—¡No lo comprendo! ¿Me permite enseñársela a mi hermana?

—Sí, no tengo ningún inconveniente en ello.

Guardó Hans la cartulina y salió corriendo con Leontine hacia el domicilio del médico. Precisamente Joaquín había ido de nuevo a visitarle, pues estaba intranquilo por el

curso de la enfermedad de su amiguito. Al verle entrar, el doctor celebró la contingencia y se dispuso a obtener nuevos detalles que le orientasen respecto al paradero del enfermo. Le dijo amistosamente:

—¿Qué hay, muchacho? ¿Cómo va tu amiguito?

—Va mal, señor doctor. A mí me parece que tiene muchísima fiebre. Su piel está ardiendo y tiene mucha sed y tos. Yo temo que tiene una pulmonía. ¿Qué le parece, doctor?

—Es muy difícil de contestar, pequeño. Hay que ver al enfermo, saber la temperatura...

—¿Es absolutamente indispensable?

—Así lo creo.

Calló Joaquín, pero el doctor, excelente psicólogo, no se le escapó la lucha que el pequeño estaba sosteniendo y se lanzó a fondo.

—Pero, oye, pequeño: ¿sabes a lo que me expones? —dijo levantándose del asiento y adoptando un aspecto de gravedad—. ¿Y si el caso de tu amigo es infeccioso? ¿No sabes que la autoridad me obliga a declararlo inmediatamente, so pena de fuertes sanciones? Tú no eres sincero conmigo, y eso me hace suponer que habéis cometido una chiquillada. ¿Os habéis escapado de vuestros hogares, no es cierto? ¡Infeliz! ¿tan mal os trataban? A ver,

mirame en los ojos—dijo el doctor paternalmente—. No tienes aspecto de malo... Un poco vehemente tal vez..., pero eso no justifica una actitud como la que supongo habéis adoptado con tu amiguito enfermo. Verás cómo te convengo a que volváis a vuestras casas o a lo menos que me permitas visitar al doliente para evitar que se agrave. Va en ello tu responsabilidad y la mía. Tú verás lo qué haces.

Joaquín estaba cabizbajo, sin encontrar palabras para contestar. El doctor tenía razón y él no encontraba argumentos suficientes para justificar una actitud que suponía acertada, pero que temía no compartiría el doctor. Se limitó a contestar:

—Perdone, doctor, pero es que di mi palabra...

—Muy bien. Eso ennoblece tu carácter, pero no soluciona nada. Ni mejora al enfermo ni aminora tu responsabilidad. Piénsalo bien.

El pequeño rebullía en su asiento. El doctor, comprendiendo que no daban resultado sus encubiertas amenazas, torció el rumbo de sus exhortaciones y, sentándose nuevamente en su sillón, siguió con tono amistoso:

—¿Quieres escucharme, pequeño?...

—Sí, doctor.

—Tú no lo confiesas, pero adivi-

no la chiquillada que habéis cometido. Ya te dije el otro día que yo, también a tus años, cometí una torpeza. ¿Quieres que te la cuente para que te sirva de ejemplo y lección? Tenía tu edad aproximadamente, tal vez era un poco mayor. Como tú, sentía muy arraigado el sentido del honor y muy agudizado el amor propio. Pero tenía un amigote que me aconsejaba mal. Un día me tentó para no asistir a la escuela y por culpa suya conocí el goce inefable de hacer el primer «novillo». Fuimos al campo, saltamos, brincamos y regresé a mi casa creyéndome un ser superior que organizaba su vida a su antojo. Le encontré placer a la escapatoria y mi amigo halló en mi debilidad un apoyo a su holgazanería. Se repitieron con harta frecuencia mis faltas a la escuela, hasta que mis padres fueron advertidos por la Dirección del colegio. Al llegar a mi casa aquella noche y ser reprendido con severidad por mi padre (cuya energía nunca apreciaré bastante) mentí descaradamente. Dije que no había faltado ni un solo día a clase y que debía tratarse de un error. Consultó de nuevo mi padre con el profesor y se convenció de una manera evidente que en el colegio no se habían equivocado. Mi padre montó en cólera. No solamente debía castigarme por lo que había fal-

tado a las clases, sino por haber mentido de manera tan villana. Y me impuso severas correcciones, entre ellas renunciar a la amistad de quien tan mal me había aconsejado. Yo me sentí lastimado en mi espíritu de compañerismo y atraído por aquel amigo con el que sólo encontraba distracción, molicie y vagancia, decidimos fugarnos de nuestros hogares. ¡Tontería absurda! Fueron las primeras veinticuatro horas, de inconsciente alegría al creernos «libres» de la «tiranía» paterna..., pero luego, ¡cuántos sinsabores, cuántas amarguras, cuántas privaciones, hasta que nuestros familiares nos hallaron rendidos, extenuados de frío y de hambre! ¿Y sabes cómo me recibió mi padre, cuya memoria bendigo siempre? Pues con los brazos abiertos, temblorosos de ansiedad y los ojos anegados en llanto por la alegría de recobrarme... ¡Con lo bien que me hubieran sentido unos azotes!... Pero mi padre, que, como todos los padres, era muy comprensivo, no quiso ahondar más mis sufrimientos, y me dijo que en el pecado ya había encontrado la penitencia. Y tenía razón.

Hizo una pausa para saber el efecto que su pequeña historia le había producido. Joaquín tenía los ojos humedecidos. Se mordía los labios para que no se le escapara lo

que pugnaba para salir de su alma.

—Bien, pequeño. Ya te conté mi historia. Ahora no puedo decirte más que una cosa: ¡pasó ya la chiquillada! ¡Volved a vuestras casas, que seguramente vuestros padres os están esperando emocionados!... y a lo menos dime dónde está tu enfermo para ir a visitarle.

—¿Cuándo puede usted ir?

—Después de la consulta. A las siete.

—Pues vendré a buscarle a esa hora.

Cuando Joaquín bajaba corriendo la escalera del domicilio del médico, se cruzó con Hans y Leontine que iban a obtener detalles... Hans lo «cazó» al vuelo. Le cogió de un brazo y le preguntó severamente:

—¿Dónde está Erwin?

—¿Qué les importa a ustedes Erwin?—contestó el chico con altanería.

—¡Muchísimo! ¡Es mi hijo! —contestó Leontine con acento desgarrador.

—¿Ahora se da cuenta? —preguntó Joaquín con ironía—. ¿Así, tan de pronto?

No contestó Leontine aquella cruel pregunta que tan amarga verdad encerraba. El pequeño tenía razón.

Habían llegado a la puerta de la

calle. Hans, para no agriar el diálogo, le requirió en tono amistoso:

—Oye, Joaquín, vamos a hablar razonablemente cinco minutos, ¿no te parece? Lo que estáis haciendo es comprensible, pero no es humano. ¿No te haces cargo del sufrimiento que con vuestra actitud estáis ocasionando, tú a tu madre y Erwin a mi hermana? Tú, que eres un hombrecito, lo comprendes bien. ¿No te das cuenta de que habéis sido muy crueles?

—¿Y ustedes no?—preguntó resueltamente el pequeño.

—Tal vez tengas razón—contestó abatida Leontine—. Pero ahora dime por favor, dónde está Erwin. ¿No comprendes que un enfermo necesita que se le cuide bien?...

Joaquín comprendía, pero no daba su brazo a torcer. Una idea había relampagueado en su cerebro. Dijo:

—Vamos, pero a condición de que no traiga usted policía.

—No temas. Ve a buscarlo donde esté y yo esperaré fuera—dijo Hans para no infundir sospechas.

Pero al salir, Joaquín se dió cuenta de que un coche de la policía esperaba cerca del auto de Hans. Esto le sublevó y fué entonces cuando decidió poner en práctica su idea. Subió al coche al lado de Hans y le indicó un camino falso. Corría el auto con vertiginosa velocidad y Joa-

quín le indicó que torciera por una calleja situada a la izquierda de la que por entonces pasaban. Viró rápidamente Hans y se encontró que era un callejón sin salida. Aprovechó aquel momento de turbación del conductor para saltar y salir corriendo por el dedalo de calles por las que el auto no podía circular. Hans maniobró con presteza para dirigirse a las afueras donde suponía iba a salir Joaquín al final de su carrera. No se equivocó. Desde lejos le vieron cruzar la amplia avenida que conducía al puerto y penetrar en el cercado de la casa en construcción. La policía también había seguido el mismo camino y el fugitivo quedó localizado.

Entró corriendo hacia el interior de la casa y jadeante comunicó a Erwin lo que ocurría. Este, amodorrado por la fiebre, apenas si tuvo fuerzas para contestar. Sólo oyó que Joaquín le decía nervioso:

—¡Nos han tendido una trampa! ¡Me vienen siguiendo! ¿Qué hacemos?

Un hondo suspiro fué la única contestación que recibió.

—¡Voy a esconderte! ¡Y yo les despistaré!

Hizo poner a Erwin en un rincón de la habitación, debajo de los primeros peldaños de la escalera, y disimuló el escondite con papeles y

virutas. Mientras se dedicaba apresuradamente a esta operación, musitaba rabiosamente entre dientes:

—¡Qué canallada! ¡Dar palabra de honor de no decir nada, y luego tendernos un lazo! ¡Cobardes!

Luego saltó por una ventana y por una galería exterior pasó al lado posterior de la casa, con el fin de despistar la situación de Erwin. Pero Hans le seguía los pasos. Con su agilidad de atleta, franqueaba los obstáculos que Joaquín salvaba con ligereza infantil. Casi ya le daba alcance. Entonces, viéndose perdido, saltó al jardín y corrió a una pasarela que daba al Nilo. Allí, con aire amenazador, dijo a Hans, que le había cortado la retirada:

—Si da usted un paso más me tiro al agua.

—Tírate; pero no sabes nadar, ¿verdad? No te pongas así, Joaquín. Si no queremos haceros nada. Mira: el camino está libre...

Y se apartó de la pasarela para inspirarle confianza. Joaquín se vió vencido y se entregó. Unas lágrimas mezcla de rabia y vergüenza, corrían por sus mejillas. Hans lo abrazó cordialmente.

—Anda, dime dónde está escondido Erwin.

—En el interior del edificio...

—Pues, acompáñame sin miedo. Ya ves que ni te reprendo.

Lentamente, con la cabeza agachada, arrebolado el rostro por la turbación, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, Joaquín, acompañado de Hans, se dirigió hacia el edificio.

Pero Leontine se había anticipado. Su instinto maternal la llevó hasta donde se encontraba Erwin escondido. Más que verlo, lo adivinó. Luego oyó su respiración fatigosa y como una loca se lanzó sobre el cuerpecito de su hijo adorado. Le besó largamente, llorando de felicidad por haberlo recobrado. Erwin, primeramente rehusó sus caricias y le dijo con tono suplicante:

—¡Yo no me dejo cambiar!

—Pero, ¿quién habla de cambiar ahora? ¡Por fin te tengo de nuevo!

—¡Yo no soy tu hijo!—repitió Erwin como un reflejo de su desvarío.

—Sí, eres mi hijo, mi único hijo. ¡Mi adorado Erwin! Ahora, cuando he estado a punto de perderte, he sabido lo que significabas para mí, y el instinto me ha advertido con seguridad irrecusable que tú eres mi hijo, ¡mi único y adorado hijo! ¿Me perdonas? ¿Me quieres todavía?

Erwin abrió sus tristes ojos abillantados por la fiebre y puso en los labios de su madre el más tierno de los besos. También comprendía que había recobrado su amor que

antaoño temió perder para siempre...

En aquel momento entraban en la dismantelada habitación, Hans y Joaquín. El primero venía satisfecho y ufano. Joaquín, en cambio, no se atrevía a levantar la vista del suelo. Se acercó a su amiguito y le acarició los ensortijados cabellos como queriéndole pedir disculpa. Erwin entreabrió sus ojos y agradeció aquella sencilla muestra de afecto.

Hans, completada su obra, quiso averiguar:

—El que os hayáis escapado, lo comprendo; la verdad. ¡Yo en vuestro lugar también lo habría hecho! Pero, dime, Joaquín. ¿Por qué dejabas morir al camarada antes de ceder?

—No es cierto. Yo había visto al médico por dos veces y esta tarde prometí pasar a recogerle y acompañarle hasta aquí. Pero ese doctor

no ha sido leal. Me contó una larga historia, pero fué para ganar tiempo para que ustedes pudieran atraparme. ¡Y con policía y todo! ¡Ni que fuésemos malhechores!

—No es eso, Joaquín. Tú debías hacerte cargo de nuestra zozobra, de la angustia terrible de vuestras madres que ignoraban lo ocurrido. Podíais haber sufrido un accidente grave..., era preciso localizaros, sobre todo, adivinando que Erwin estaba enfermo. Ya sabes que él tiene una complexión más débil que tú... que necesita más cuidados... Dime, ¿por qué te resististe a dar al doctor las señas de vuestro escondite?

—Porque tenía un motivo poderoso que me lo impedía.

—¿Y cuál era?

—¡Mi palabra de honor!

Evidentemente, Joaquín era un pequeño gran hombre.

LA ACLARACION

ERWIN fué trasladado con todos los cuidados a su domicilio. Su llegada constituyó un acontecimiento. La vieja Ana lloraba de alegría al poder besar de nuevo a su querido chiquitín. Leontine, personalmente, lo acostó y no se separó un momento de su lado. Solamente el preceptor encontró «perros» a aquel final. El hubiera castigado severamente aquel acto de indisciplina en vez de colmarle de mimos como hacía su madre y todos los demás. Enfáticamente, pronunció esta frase en presencia de todos:

—Capitular ante la juventud, lo encuentro reprochable desde el punto de vista pedagógico. Como pre-

ceptor, no apruebo la conducta que se sigue.

La rechifla fué general. El preceptor, avergonzado, exclamó:

—Es extraño. Cuando digo alguna cosa, parece que para ustedes sea una idiotez.

—¡Naturalmente! — le contestó Hans sonriendo—. A veces hay que aprender de los niños... Estos y los locos son los únicos que dicen la verdad.

A las pocas horas regresó Tomás de su viaje. Encontró a Erwin en la cama. Su esposa, en pocas palabras, le puso al corriente de lo ocurrido. Besó conmovido a su hijo y sonrió satisfecho al ver que la enfermedad había ya cerrado su crisis y no tenía

importancia alguna. Solamente preguntó a su esposa:

—Pero, ¿cómo te pasó por la cabeza esa extraña idea?

—Perdóname. «El otro» tenía un parecido increíble contigo.

—No lo dudo..., pero no era motivo. Además, no comprendo...

—Tal vez tenga yo la clave—terminó Hans. Y sacando de su bolsillo la fotografía que le entregó Helga, preguntó a su cuñado:

—¿Conoces esto?

—Ya lo creo. Es la casa de mis padres.

—Muy bien. Ya tenemos un dato. Ahora, dime: ¿sabes quién es Pedro Brackwiesser?

—Pedro... ¿Pedro?... Sí. Un primo mío. Era una bala perdida. De joven cometió algunas ligerezas, hizo algunas calaveradas y luego se fué a América. Yo no he vuelto a saber nada más de él.

—Pues me parece que ya tengo la solución. Este Pedro Brackwiesser no fué a América, como tú suponías, sino que recaló en El Cairo. Se casó, tuvo un hijo, enviudó y se casó de nuevo con Helga. De manera que Joaquín, el muchacho que se te parece, es hijo de tu primo Pedro, fallecido aquí.

—Pues entonces tenéis que ocuparos seriamente del chico—di-

jo Tomás con sincera efusión—. Cuídate tú de lo necesario—pidió a Hans—. Procura que no falte nada ni a él ni a su madre adoptiva. ¿Cómo es ella?—preguntó Tomás.

A Hans le relampaguearon de gozo sus ojos.

—¡Estupenda, chico! —gritó alborozado no pudiendo ocultar su alegría—. Lo que no encontré en Berlín, lo he hallado en El Cairo. Una chiquilla linda, hacendosa, buena, comprensiva, cariñosa... ¡Tú no sabes lo que ha sufrido con ese jaleo del niño!

—Parece que hablas con verdadera vehemencia...—. ¿Es que te has enamorado de la madre persiguiendo al hijo?

—¿Enamorado, dices? ¡Chaladito perdido, estoy! Tanto, que si no has de molestarte mucho, me parece que va a entrar de nuevo en la familia.

—Si crees que has de ser feliz con ella, cástate, que ya tienes la edad. A ver si por fin sientas un poco la cabeza y te dedicas a los negocios.

—Eso luego, más tarde, después de la luna de miel... dentro quince o veinte años...

—Cuando quieras. Yo no tengo prisa...—dijo Tomás sonriendo—. Y ahora vamos a cuidarnos de nuestro hijito—añadió dirigiéndose dul-

cemente a su esposa con el fin de procurar hacerle olvidar el trastorno sufrido.

Leontine había recobrado poco a poco su estado normal. Calmada su excitación, perdonada por su hijo y mimada por su esposo, recordaba sus sufrimientos como algo ya lejano y que jamás volvería a enturbiar su dicha. Abrazó feliz a Tomás y ambos se fueron al lado de la cama donde reposaba Erwin. Cuando éste les vió entrar, sonrió agradecido y

dijo como un reproche a su debilidad:

—Si no hubiese caído enfermo, habría sido grumete. Ya tenía la plaza concedida.

—¡Pero, hijo mío!—exclamó Tomás—. ¿Para eso he trabajado yo tanto?

—Déjalo, Tomás. Aquello era una quimera. Lo ocurrido nos servirá a todos de experiencia. Ya verás cómo Erwin va a ser todo un hombre.

¡ TODOS FELICES !

HANS, solucionado el asunto de su casa, había salido escapado hacia el domicilio de Helga. Por el camino se detuvo en dos o tres tiendas para comprar unos dulces, unos juguetes, unos bombones y un gran ramo de flores.

Entró en el hogar de Helga satisfecho, con su sonrisa contagiosa, rebotando buen humor.

—¡Por fin Helga!—gritó con entusiasmo—. Ya tienes lo que tanto te ha hecho sufrir. ¡Tu hijo! Más fiel, más amante y más cariñoso que nunca.

—Gracias, Hans. ¡Soy muy feliz! ¡Cuánto agradezco lo que has hecho por mí!

—¿Qué no iba a hacer, si tú lo

mereces todo? Te ofrecí un poco de amor y ya, como prueba de él, devuelvo la paz a tu corazón. Ahora, sólo falta conquistarme la voluntad de Joaquín. ¿Has hablado con él de nuestro caso?

—Sí; le he dicho si algún día podía quererte... Que teniéndote a ti no me encontraría tan sola el día que él marchara a Alemania a estudiar... Le he dado a comprender que tú venías, con tu amor, a poner destellos de felicidad en mi vida inquieta...

—¿Y qué ha dicho?

—No me contestó. ¡Es tan difícil hacerlo comprender!

—No te preocupes. Creo que ha llegado el momento de que el chico tenga un verdadero padre.

—¡Oh! ¡Gracias, Hans!—exclamó Helga conmovida.

Entró Joaquín receloso. Vió los paquetes y las flores encima de la mesa del comedor y preguntó:

—¿Para quién son las flores?

—Para tu mamá, si las quiere.

Helga cogió el ramillete y lo apretó contra su pecho, y mimosamente lo acercó a sus labios. Entonces, Hans, con cariñoso ademán, hizo que el pequeño se aproximara a él, para decirle:

—Joaquín. He venido por un asunto muy importante para mí.

—¿Y yo tengo algo que ver en él?

—El motivo de mi visita, tiene un aspecto sentimental que debo poner a tu consideración.

—No creo que me incumba nada de sus sentimientos—dijo Joaquín con cierto reproche.

—Ese será tu parecer, pero yo opino de otro modo. Vamos a tratar formalmente, casi diría de hombre a hombre.

Le agradó a Joaquín sentirse tratado como una personita importante y adoptó un aire de superioridad muy gracioso.

—Pues, usted dirá.

—Muy sencillo. Quería pedirte la mano de tu mamá.

—¿Quiere usted casarse con ma-

má?—preguntó Joaquín con estupefacción.

—Si no encuentras inconveniente en ello, así lo deseo. Tengo una situación independiente, asegurada... y creo poder hacer feliz a Helga.

Joaquín estaba aturdido. ¡Cuántas sorpresas le estaban reservadas! Celoso de la felicidad de su madre, se le ocurrió preguntar:

—Mamá. ¿Le quieres?

—Naturalmente — contestó con satisfacción.

Quedó el pequeño pensativo. Sólo al cabo de un rato se atrevió a decir con inquietud:

—Y ahora, ¿qué va a ser de mí? He perdido la amistad de mi fiel amigo Erwin, he cometido la torpeza de huir de mi hogar; usted se empeñó en descubrirnos y por fin, quiere casarse con mamá. ¡Ahora comprendo su interés!

—No seas malicioso, Joaquín—dijo con amoroso reproche su madre—. Hans no quiere mi bien para sacrificarte a ti ni se ha interesado por ti para convencerme de sus buenos propósitos. Hans está muy por encima de tus pequeños recelos. Hans es muy bueno y quiere tu felicidad y la mía conjuntamente.

—Y si os casáis, ¿qué haré yo? Rieron Hans y Helga. Lo abraza-

ron contentos y Hans le contestó emocionado:

—¡Pues muy sencillo! ¡Tú vas a ser mi hijo! ¿Te parece bien?

—¡Estupendo! —gritó el pequeño con los ojos relampagueantes de alegría. ¿Y podré ir siempre que quiera a jugar con Erwin?

—¡Claro! ¡Si seréis parientes por duplicado!

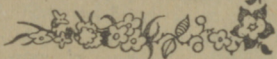
—¡Magnífico! —dijo triunfalmente Joaquín.

Y el gran ramo de flores, ocultó el amoroso beso de la feliz pareja, que se juraban eterno amor tras el bello y perfumado confidente...

F I N

Recuerde este título

JARDIN
de **PAPEL**



Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Maria Estuardo	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Los dos pilletes	Jacques Tati
Apuesta de amor	Gené Raymond
La vuelta de Asenio Lupin	Warren William
Forja de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fieramosca	Gino Cervi
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari C. Bennet
Una pareja invisible	C. Grant
La mujer sin alma	John Boles
El dominó verde	Danielle Darriux
Damas del teatro	Kath. Hepburn
El detective y su com- ñera	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Los defensores del cri- men	Richard Dix
Una aventura de la Pompadour	Kate de Nagl
La última avanzada	Cary Grant
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willi Birgel
Titanes del mar	Víctor McLaglan
Las vacaciones del juez Harvey	Mickey Rooney
Cupido sin memoria	Ann Sothorn
María Itona	Paula Wessely
Posada jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Pygmalion	Leslie Howard
La quimera de Holly- wood	Nino Martin
Alarma en el expreso	M. Reedgrave
Los tres vagabundos	Heinz Ruhman

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Monfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviere
La canción de Aixa	I. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Melodía de arrabal	I. Argentina C. Gardel
En busca de una canción	Luchy Soto
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Leyenda rota	Juan de Orduña
El crimen de mediano- che	Ramón Pereda
Martingala	Niño Marchena
Rápteme usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Jai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un lión	Maruja Tomás
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA 2'50 Ptas

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
El sobre lacrado	L. Gargallo
Carmen, la de Triana	I. Argentina
La Dolorosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Barghon
Molinos de viento	Pedro Terol
¿Es mi hijo?	Lil Dagover

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Ligeró
Estrellita Castro	Shirley Temple
Alfredo Mayo	Melvin Douglas
Manuel Luna	Antonio Vico

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS».

Apartado 707.

BARCELONA

NAI
otas
ro
que
aya
o
illo
ón
o
ña
a
ne
nat
no
s
uz
z
s
as
nat
s
s
A

IMPERIO ANGELO

IMPERIO ANGELO

CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(EL PRIMERO EN SU GÉNERO Y EL QUE TODOS IMITAN)

Primer número de **CANCIONERO: CARLOS GARDEL** - 30 octubre 1931

PRECIO: 2,50 PTAS.



CONCHITA PIQUER

Tatuaje - La Lirio - La Caramba - Almudena - Dime que me quieres - Eugenia de Montijo - No me llames Dolores - La niña de la estación - etc, etc.

MARUJA TOMÁS



Lola Montes - Yedra - La Chiquita Piconera - Farolero - Bebe y Bebe - La niña de la Ventera - Caravana - Doña Luz - ¿Qué te pasa, Triniá? - Te lo juro yo - etc. etc.

MARCOS REDONDO

El Divo - La Tabernera del Puerto - La rosa del azafrán - La del manojo de rosas - El cantar del arriero - Luisa Fernanda - La Parranda - Las gaviñanes - etc, etc.



IMPERIO ARGENTINA

Goyescas - Carmen - Aixa - Melodía de arrabal - Su noche de bodas - Lo mejor es reír - Morena clara - La hermana San Sulpicio - etc, etc.



RAFAEL MEDINA

Dulces recuerdos - Perdóname - Angelita - Soñar otra vez - Ranchero soy - Presentimiento - Tango de amor - Al son de la marimba - Horas felices - Noches del trópico - Llegó el amor - Mari-Sol - etc.

